

*Javier Feijóo*  
*Cuentos sin fin*



EDICION DIGITAL

Mayo de 2009

© Javier Feijóo (Francisco Javier Feijóo Rodríguez -Badajoz -España-)

De la ilustración de la portada: © Josefina Cabrera Piris

Edición Digital.

Depósito Legal: BA – 342 - 09

<b><u>INDICE</u></b>	<b><u>Página</u></b>
<b>La extinción de una extirpe .....</b>	<b>5</b>
<b>¡Au revoir, Mohamed ! .....</b>	<b>9</b>
<b>El juego de las dificultades .....</b>	<b>19</b>
<b>La pera .....</b>	<b>36</b>

## LA EXTINCIÓN DE UNA EXTIRPE

Era casi medianoche. Bajo la densa sombra nocturna de un enorme eucalipto apenas se distinguía la inmóvil furgoneta. La espesa niebla cercaba las figuras apabullando los contornos. La luna llena y su luz se doblegaban, sin defensa, ante la gasa obnubilada que iba envolviendo con su tenebrosa oscuridad el lúgubre paisaje.

No más de quince metros separaban el vehículo de la tapia, sin embargo, su encalado color claro se confundía con el blanco mohecino de la niebla que, con toda premura, descendía hacia el asfalto de la exigua carretera que rodeaba el cementerio.

Rompiendo el inmenso silencio, el pestillo de la puerta del automóvil saltó impulsivo respondiendo, *ipso facto*, al giro de manilla que el conductor, serenamente, había efectuado con el índice de su mano izquierda. Salió del vehículo muy despacio, y con la pasmosidad más inquietante se dirigió hacia la verja trasera del cortijo más silencioso del pueblo. Manejando su juego de ganzúas hizo saltar la cerradura del candado eslabonador de la cadena que anudaba las hojas de la puerta de rejillas. El corto chirrido de las bisagras oxidadas delataba la experiencia del asaltante, entreabriendo la cancela sólo lo justo para que su alto y muy delgado cuerpo pasase al interior del santo recinto.

Su desgarbada figura, con paso lento y cansino, deslizándose entre los nebulosos claroscuros de aquel tétrico lugar, enmudecería al más escéptico observador de prácticas espiritistas angulando el

vello de su piel a la más recta graduación. Aquella flacucha y fantasmagórica silueta, a contra luz del velado foco lunático, parecía carecer únicamente del fulgor que define al fuego fatuo *post-mortem*.

Conocedor del terreno, en poco tiempo llegó hasta la tumba. La tierra, aunque aplastada por el dorso de las palas que horas antes empuñaron los enterradores, aún se adivinaba blanda y fácil.

Había sido informado de la tardía hora del entierro y conocía perfectamente el horario del cementerio. La caseta de los utensilios se hallaba bastante lejos y los empleados municipales solían ser muy puntuales a la hora de cerrar. Por eso, intuyó que los sepultureros debieron quedar las herramientas muy cerca del lugar. Un par de vistazos alrededor le sobraron para vislumbrar, entre las sombras de los cipreses, la típica forma de “ T ” del mango de una pala apoyada sobre las ramas de un seto separador de dos panteones familiares. Con la técnica de experto oficial, asió el mango de madera humedecido y comenzó a descubrir la tierna sepultura.

Rostro enjuto e inexpresivo, cual figura de cera de diabólica mirada, invariable, inescrutable; con brazo articulado, como máquina de acero programada, sin prisa, sin pausa, semejando al segador que domina la guadaña y se embulle en ese baile que contonea rodillas, piernas, caderas... y hasta el aire se adivina alrededor gozando al son de su danza, palada tras de palada, fue ahondando en la fosa calando hasta el ataúd, dejando al descubierto su brillante tapadera, sutilmente untada de barniz.

Con tres zancadas recuperó el ras del suelo y clavó la pala en el montículo de tierra acumulada junto al agujero. Se sacudió levemente la ropa dirigiéndose con lentitud hacia los escalones cercanos de un voluptuoso panteón de estructura marmolesca exagerada. Extrajo del bolsillo de su chaqueta un paquete de tabaco y un encendedor. Se sentó tranquilamente en el peldaño más oscuro que ascendía hacia el sepulcro y encendió un cigarro, saboreando el humo como si degustara el más delicioso postre azucarado, mientras localizaba con la mirada la otra pala utilizada por los sepultureros, que camuflaba el diseño de su mango con la cruz de cabecera de una tumba contigua.

En el silencio de la noche, casi saturada por la niebla, con su húmedo tul sobrecogedor, aquel tenebroso escenario presentaba una espeluznante fantasía visual de auténtica profanación.

El chasquido de una rama provocó un giro brusco y repentino de su cabeza. Sus ojos escrutaban codiciosos entre las lápidas de mármol verticales y las ramas de los cipreses creyendo divisar la figura regordeta del compinche.

- Sí, es él ¿quién si no? –se dijo mudamente tranquilizador.-

Un hombre de mediana edad, abrigado con una gabardina de talla grande, se acercaba sigilosamente desafiando a las tinieblas hasta llegar al borde de la fosa. Dirigió la mirada hacia la roja incandescencia del cigarrillo y escuchó el eco marmóreo de una voz espectral que venía de las penumbras:

- Ya pensaba que te habías arrepentido –le hablaba con tono sosegado y socarrón desde los peldaños del sepulcro.-

- Por lo que veo, no has perdido el tiempo –contestó el recién llegado haciendo caso omiso a la irónica suspicacia, sin impresionarse lo más mínimo-.
- No olvides que mi padre fue albañil y de joven le ayudé en muchísimas chapuzas –le recordó el flacucho desgarbado en tono algo jocoso, mientras se levantaba enterrando el pitillo con la punta de la bota-.
- ¡Venga! Abreviemos que es tarde y hace frío –apremió el gordo despeinado extendiendo en el suelo un enorme saco que llevaba enrollado bajo el brazo y extrayendo del mismo un martillo y un cincel pequeños-.
- ¿Frío? Pues yo aún estoy sudando. He tenido que vaciar el agujero yo solito –aclaró el larguirucho en tono desafiante-.

El compinche, haciendo oídos sordos al reproche, se deslizó el metro y medio de profundidad de la fosa y, con cuatro golpes secos y certeros, consiguió retirar la pesada tapa de la caja. En su interior yacía el cadáver de una bellísima mujer, muy joven, con los cabellos rubios, los ojos entreabiertos y las manos cruzadas sobre el pecho. Ante aquella visión angelical, ambos profanadores colisionaron frontalmente sus miradas y, por unos segundos, aquellos rostros inalterables de hombres recios y macabros se tornaron en expresión de cándida ternura.

Sin mediar palabra, sacaron el cuerpo inerte de la tumba y lo introdujeron en el saco, separándolo después varios metros. Apresuradamente, pero con sobrada pericia, consiguieron quedar la sepultura y los alrededores tal como si allí no hubiese sucedido nada aquella noche.

El de la gabardina, con un rápido y calculado movimiento, levantó del suelo el pesado saco con su semirrígido contenido, cargándolo sobre su hombro.

- ¿Listo? –preguntó el flacucho desgarrado mientras colocaba las palas donde las había encontrado-.

- ¡Vámonos ya! –apremió el otro iniciando el camino hacia la puerta trasera del recinto-.

En siniestra y silenciosa procesión por las estrechas veredas del cementerio, trasladaron el plegado cadáver hasta el vehículo, cerrando tras ellos las hojas oxidadas de la chirriosa puerta de rejillas. Segundos después, el rugido del motor del automóvil y sus rojas luces traseras se desvanecían a lo lejos, en la niebla.

A la mañana siguiente, cuando los enterradores fueron a recoger las palas para guardarlas en la caseta de los utensilios, encontraron la sepultura con la tierra vaciada alrededor; y, en el interior de la caja semiabierta, había una nota manuscrita con la tinta emborronada por el húmedo abrazo de la niebla, en la que apenas se podía leer:

*A los que llegasteis antes que yo:*

*No habrá sitio en el mundo donde os podáis esconder sin que yo os encuentre. Habéis encendido la ira destructora que anida en la herencia que recibí de mis antepasados. Merecéis el peor de los castigos, porque ella era la elegida. Y vosotros habéis truncado la descendencia de mi estirpe.*

*Fdo.: El biznieta del monstruo de Frankenstein.*

-----ooo0ooo-----



## ¡AU REVOIR, MOHAMED!

### I

Las crestas blancas del mar se postraban a sus pies en la fresca arena de la playa. Estaba a punto de iniciar el ansiado viaje. Junto a las rocas vencidas desde la atalaya del acantilado, veintidós personas iban embarcando en la pequeña patera, sin más equipaje que un hatillo por cabeza. Él hacía el número veintitrés.

Durante el trayecto todos oteaban el horizonte con un único deseo y, en sus ojos, una luna mora reflejaba un brillo de esperanza. Atrás quedaba toda una vida de insatisfacciones y miserias; y allá lejos, en la oscuridad, vislumbraban el umbral de un continente lleno de oportunidades, aunque fuesen clandestinas, aunque tuvieran que empezar de cero, pues todo lo poco que poseían era el precio del “billete” que acababan de abonar.

En la antesala del alba, la patera, con su pequeño motor a medio gas, se acercaba sigilosa a las zonas más abruptas de la costa de Algeciras. Entre las rocas, el foco intermitente de una linterna hacía de faro. Luego el desembarco, fin del trayecto. El de la linterna entregó a cada uno de los viajeros un sobre con un mapa de España con marcas en distintas poblaciones del país y un listado de nombres y direcciones; después subió a la patera y ésta se alejó bordeando la costa. Así se completaban los servicios contratados.

La expedición se dividió en pequeños grupos que se fueron despidiendo al tiempo que iniciaban su andadura por caminos diferentes. Mohamed se quedó el último viendo cómo desaparecían. Luego se dio la vuelta y miró hacia el horizonte, intentando ver más allá de la rectilínea frontera de la vista sobre el mar, que separaba el pasado de su incierto presente. Finalmente, se echó el hatillo sobre los hombros y comenzó a caminar. Mientras sus sandalias quedaban las marcas en el suelo arenoso de los pinares cercanos a la costa, intentaba ordenar sus sentimientos.

Mohamed era joven, acababa de cumplir veintiún años. Su padre había fallecido el verano anterior en las aguas del Estrecho, poco tiempo después de enviudar. Los guardacostas españoles repatriaron su cadáver junto con catorce más. Se habían ahogado en el intento.

Desde entonces había vivido en casa de sus abuelos, dos ancianos que a sus setenta y tantos años aún tenían que trabajar tejiendo alfombras para poder subsistir, sin más aspiraciones. Pero Mohamed no se resignaba a padecer aquella vida triste y monótona que cercenaba sus ilusiones. Cuando su padre embarcó aquella noche de primeros de septiembre se despidió de él diciéndole: - *Muy pronto vendré a por ti para sacarte de esta pocilga.* Y aquellas palabras se le habían quedado grabadas de tal forma que su única ilusión en la vida era viajar a España. Y, por fin, ese momento había llegado. Ahora, recostado sobre el áspero tronco de un pino, gozaba recibiendo el amanecer de un nuevo día, en otro mundo. Aceptaba el desafío de la vida sin más armas que sus manos y la fuerza que le daba el saber que no había dejado nada atrás, excepto a unos abuelos que sólo se conformarían con recibir de vez en cuando alguna carta.

No tenía dinero, en su hatillo apenas llevaba una muda limpia, aunque arrugada, y poco más. Y fue así como empezó su historia en este país.

## II

En el mapa que le habían entregado, una de las marcas más cercanas estaba en Cádiz. La persona de contacto era un tal Pepillo “el de la Engracia”, que tenía una tasca en una de las callejuelas cercanas al puerto. Antes de presentarse en el local, se zambulló en las aguas de la Playa Victoria para asearse y mudarse de ropa, la única muda que tenía. Y así, con lo puesto, se dirigió a la tasca del tal Pepillo.

Era casi medianoche de aquel sábado de finales de Septiembre. En el bar tan sólo había dos clientes gaditanos bebiendo vino y hablando de fútbol como si les fuera la vida en ello. Mohamed entró y se dirigió hacia una de las esquinas de la barra. Pepillo, al verlo, cesó en su tarea de relleno de botellas, dejando el embudo embocado en una de ellas y soltando la garrafa de vino peleón en el suelo. Limpiándose las manos en un paño gris, tirando a sucio, se acercó a Mohamed y le preguntó en voz baja: *¿Quién te manda?*. Mohamed no sabía hablar español. No entendió la pregunta pero la intuyó. Sacó de un bolsillo el sobre con el mapa y el listado de direcciones y lo puso sobre la barra, mientras miraba de reojo a los dos clientes que seguían hablando de fútbol sin darle importancia a su presencia. Pepillo cogió el sobre y tras un rápido vistazo le indicó a Mohamed la puerta que daba acceso a la trastienda del local. Había advertido que desconocía el idioma, por lo que, mediante

señas, le indicó que esperase sentado sobre unas cajas de botellines de cerveza que tenía en el almacén.

- ¡Bueno! ¿No os parece que ya es un poco tarde para hablar tanto de fútbol! ¡Venga, apurando que tengo que cerrar! –inquirió Pepillo a sus dos clientes-.

- ¿Qué mosca te ha picado hoy?... Otros días cierras más tarde –le contestó uno de los clientes con la lengua ya un poco gorda-.

- Sí, pero hoy estoy muy cansado y vosotros ya no necesitáis más alpiste –respondió Pepillo agachándose para salir por debajo del mostrador-.

- Ni que fuéramos pajaritos... –dijo el otro cliente mientras apuraba su chato y se encaminaba hacia la puerta-.

- ¡Venga! ¡Venga! Que es tarde y viene lloviendo –insistió Pepillo acompañándoles hasta la salida-.

Cuando los dos clientes salieron de la tasca, Pepillo atrancó la puerta y los postigos de las ventanas, luego apagó la luz y entró en la trastienda. Miró a Mohamed y éste le correspondió con una mirada fija y desconfiada. No podía hablar con él más que por señas, así que, con la mano, le indicó que le siguiese.

Salieron por la puerta trasera que daba a una calleja estrecha por donde no solía pasar nadie a esas horas de la noche. Allí tenía Pepillo aparcada su vieja furgoneta. Veinte minutos más tarde llegaban al Puerto de Santa María.

No hablaron nada durante el trayecto, tan sólo cruzaban sus miradas escrutándose. La furgoneta se detuvo a la puerta de un viejo caserón situado, más o menos, en el centro del pueblo. Una vez dentro de la casa, Pepillo fue mostrándole a Mohamed, por este

orden, un dormitorio, el retrete y un pequeño patio con una manguera que habría de servirle de ducha. Luego le colocó sobre la cama distintas prendas de vestir y en una mesa de madera situada bajo la ventana del dormitorio le dejó un bocadillo de chorizo envuelto en papel de estraza, una jarra de agua y un vaso. Con otro gesto le deseó que descansase y se retiró a su dormitorio.

Mohamed se lanzó como un lobo hambriento sobre el bocadillo. Llevaba dos días comiendo fruta, la que había podido robar sin que le viesen, por los frutales que había cruzado en su camino desde las costas de Algeciras. Pero, cuando vio que era carne de cerdo, se le saltaron las lágrimas. Tenía tanta hambre que no dudó en acercarse a la puerta entreabierta del dormitorio de Pepillo:

- ¡Monsieur! ¡S'il vous plait!

- ¿Qué pasa?

- ¡Je ne peux pas manger ça! –le decía mostrándole el bocadillo-.

- ¿Qué le pasa al bocata? ¡Es el mejor chorizo que tengo! Pero... si ni siquiera los has probado ¡Pruébalo, está muy bueno!

- ¡Je ne peux pas manger ça! –le repetía agitando el bocadillo-.

Pepillo no entendía ni una palabra. *¡Con lo bueno que está este chorizo!* –se decía-. Lo condujo hasta la cocina, abrió el frigorífico y le dijo:

- Esto es todo lo que tengo. ¿Tú dirás?

Mohamed señaló con el dedo un trozo de queso, varias latas de sardinas en aceite y medio melón, que, junto con dos medias velas de chorizo, era todo lo que había.

- O sea, todo menos el chorizo ¿no?. Pues si que estamos listos. ¡Anda, siéntate y come lo que quieras!

Mohamed no entendía las palabras, pero había entendido perfectamente sus gestos.

*¡Qué pena de gente! ¡Cuánta hambre pasarán! ¡Qué gusto me da verlo comer! –pensó Pepillo-.*

### III

Pepillo se levantó sobre las seis y media. Aún era de noche. Mohamed dormía por primera vez desde hacía tiempo a pierna suelta.

“El de la Engracia” descolgó el teléfono y marcó:

- ¿Jaime?
- ¿Quién puñetas me llama a estas horas de la madrugada?
- Soy yo, Pepillo, “el de la Engracia”.
- ¿Y qué leches quieres tan temprano? ¿No te dije que yo siempre me acuesto muy tarde?
- Sí, ya lo sé, pero tendrás que levantarte y venir a mi casa. Tengo aquí mercancía y no puedo dejarla sola, porque yo tengo que ir a Cádiz a abrir la taberna.
- ¡Qué joé! ¿Cuándo llegó?
- Ayer, pasada la medianoche.
- ¿Y por qué no me la trajiste tú anoche a mi local?
- Cumplo tus instrucciones ¿recuerdas?.
- Sí, sí, ya lo sé, lo que ocurre es que me revienta un huevo cuando tengo que levantarme tan temprano.
- Si quieres, como yo paso cerca de tu casa...
- ¡No! ¿Estás loco o qué?

- Pues... ¿tú me dirás dónde la dejo?
- ¿La dejo? ¿Qué quieres decir con “la”?
- La mercancía.
- Pero... ¿no será una mujer?
- ¡No hombre! ¡No!
- ¡Bien! ¡Estate atento! Dentro de treinta minutos justos pararé en la puerta trasera de tu casa, la del patio.
- ¡De acuerdo! Tendré la mercancía preparada.

Media hora más tarde Mohamed se introducía en el Mercedes gris de Jaime y tomaban la autopista en dirección a Sevilla.

Jaime sabía hablar francés perfectamente y durante el trayecto consiguió que Mohamed le contase toda su vida, que ni era larga ni tenía mucho que contar. Pero de esta forma, Jaime conseguía que Mohamed fuese confiando en él. Esta confianza era uno de los pilares fundamentales del negocio.

Veinte kilómetros antes de llegar a Sevilla salieron de la autopista y tomaron una carretera comarcal, luego un camino, con buen firme pero sin asfaltar, y, finalmente, llegaron a un caserón vallado y con portero electrónico. Jaime se identificó y la puerta se abrió automáticamente.

Mientras aparcaban el vehículo en el garaje de la mansión, Mohamed le preguntó si aquella era su casa, pero él le contestó que era de un amigo suyo, un eminente cirujano extranjero que tan sólo operaba en su propio domicilio a personas muy influyentes y ricas de todo el mundo, para lo cual había equipado un quirófano en la planta baja de su mansión; y, por otro lado, era un activista de una ONG conocida a nivel mundial que estaba moralmente muy

comprometida con los movimientos migratorios y con el bienestar social de los pueblos deprimidos del tercer mundo. O sea, que sería la persona idónea para formalizar y legalizar su residencia en nuestro país, merced a sus influencias.

Estas palabras tranquilizaron muchísimo a Mohamed. Para él todo lo que le estaba sucediendo era como un sueño. Y se preguntaba cómo y cuándo podría agradecer a Jaime todo lo que estaban haciendo por él.

Un mayordomo, impecablemente vestido de mayordomo, abrió la puerta invitándolos a entrar al majestuoso recibidor de la mansión. En un salón contiguo les aguardaba el Dr. J. Braun, que, con vestimenta deportiva pero elegante, estaba desayunando y leyendo el periódico en una mesa enorme situada junto a un ventanal que daba a un frondoso jardín.

El mayordomo anunció la presencia de los recién llegados y el Dr. Braun les invitó a que desayunasen con él.

- ¿Habla español? –preguntó-.

- Ni una palabra –contestó Jaime-.

- ¡Mucho mejor! ¿Y cómo se llama?

- Mohamed.

- ¿Cuánto tiempo lleva en España?

- Desembarcó hace tres días en la costa de Algeciras, pero hasta ayer noche no llegó a Cádiz. Viene vía Pepillo “el de la Engracia”.

- ¿Quién es ese tal Pepillo? –preguntó desconfiado el Dr. Braun-.

- Un amigo de confianza. Tiene un bar en las cercanías del puerto de Cádiz, aunque él vive en el Puerto de Santa María. Es un solterón y



tampoco tiene familia. Está muy bien aleccionado de cómo tiene que actuar, pero no sabe absolutamente nada del negocio.

- ¿Sabrá cuál es la norma al respecto de las hembras?

- ¡Por supuesto! Con aquel feto aprendimos bien la lección – contestó en voz baja Jaime-.

En ese momento entraba el mayordomo con una bandeja, en la que portaba una jarra de zumo de naranja natural y tres vasos de cristal de bohemia.

- ¡Gracias Fermín! ¡Puedes retirarte! –le ordenó el Dr. Braun-.

El mayordomo se alejó lentamente hasta la puerta de dos hojas de la estancia, cerrándolas suavemente, previa mirada curiosa.

Fermín era cordobés, hijo de un matrimonio de pastores que habían vivido en el campo toda la vida. Tenía treinta y seis años, aunque aparentaba cuarenta y tantos. De estatura alta y buen porte se asemejaba a los mayordomos clásicos ingleses, por su uniforme, sus maneras y su forma de andar, algo así como si no quisiera pisar el suelo. Su escasa cultura provenía de la educación que le había inculcado su padre, un hombre sumiso pero inteligente. No en vano había criado a ocho hijos y todos estaban trabajando en fincas y casas de postín. Fermín era el benjamín del matrimonio, aún estaba soltero, pero aspiraba a casarse con la doncella de una famosa cantante que vivía en uno de los chalets cercanos al Parque de María Luisa. Se llamaba María. Para él hasta el nombre le hacía ilusión. Pero, además, María era guapísima, de tez morena y labios carnosos. Tenía un cuerpo que... *-¡que quita el sentío!* –como se decía él cada vez que la recordaba-.

Tras cerrar la puerta de dos hojas cuidadosamente, Fermín se dirigió a la cocina, donde le aguardaba Clara, la cocinera, una mujer viuda y sin hijos, de unos cincuenta años de edad. Su cara de pan, mofletuda, era todo un símbolo de mujer buena y honrada; y sus manos grandes y redondeadas, con rajadas en los dedos, ajados por los cortes del cuchillo, llevaban el sello de su gran afición a la cocina. Sobre la mesa cuadrada de madera de encina, le tenía preparado a Fermín un desayuno a base de pan tostado, untado con ajo y aceite de oliva, y un café con leche bien caliente, servido en un tazón de porcelana. Fermín se sentó en su silla preferida, la de bayones, y empezó a degustar su desayuno favorito.

- Algún día, Clara, cuando ocurra lo que yo sospecho, te voy a echar mucho de menos. Nadie hace las tostadas con aceite y ajo como tú.

- ¿Es que ya habéis fijado fecha para la boda?

- ¡No! No me refiero a eso.

- ¿Ya estás otra vez con esas imaginaciones raras a cerca del Dr. Braun?

- ¡Ojalá sólo fueran imaginaciones mías!

- ¡Anda! ¡Come y calla!

Mientras tanto, en el gran salón, Jaime negociaba con el Dr. Braun los beneficios que obtendrían con la llegada de la nueva mercancía.

- Yo calculo que en esta operación podremos llegar al máximo – explicaba el cirujano con la tranquilidad que le otorgaba Mohamed por el desconocimiento del idioma-

- ¿Y quien será el beneficiado? –preguntó Jaime-

- Aún no lo tengo decidido, pero hay un par de candidatos en parecidas circunstancias físicas y económicas. La semana pasada recibí las copias de los más recientes informes clínicos de ambos.

Ahora sólo falta analizar al recién llegado para estudiar con cuál de los candidatos puede ser más compatible, para garantizar el éxito de la operación –le contestó el Dr. Braun-.

- ¿Tendrás tiempo de prepararlo todo para mañana?

- ¡Sí! ¡Seguro! Ven con tiempo suficiente antes de la hora del almuerzo –apostilló el cirujano-.

Jaime se restregó los labios con la servilleta y acto seguido se levantó retirando la silla cuidadosamente. Mohamed hizo el gesto inmediato de imitarlo, pero el Dr. Braun le indicó con la mano que permaneciese sentado. No obstante, Mohamed, al ver que Jaime se alejaba hacia la puerta, no pudo resistir el impulso y se lanzó rápidamente a su lado.

- Maintenant, je retrouverai a Cádiz –le dijo Jaime.

- ¿Et mois? –preguntó intranquilo Mohamed-.

Jaime, con la mano extendida hacia el Dr. Braun, sin decir palabra, le indicó que lo quedaba en buenas manos. Luego, a modo de despedida, le dijo:

- Je viendrai à demain ¿d'acorde?

- ¡D'acorde! –respondió sumiso Mohamed.

Jaime abandonó la mansión en su Mercedes gris con dirección a Cádiz, donde, en las afueras, regentaba un club de carretera muy conocido.

El Dr. J. Braun ordenó a Fermín que alojase al nuevo huésped en una de las habitaciones de invitados y que lo mantuviese en ayunas hasta las cinco de la tarde. Antes de que ambos salieran del salón, con un impecable acento francés, le dio la bienvenida a Mohamed y le garantizó que todo iría bien, pero que, antes de proceder a la

toma de contacto con sus amigos influyentes para la legalización de su residencia en España era preciso conocer su estado de salud, para lo cual, esa misma tarde, tomaría muestras de su sangre y de su orina para un análisis rutinario. Mohamed le contestó que en sus manos estaba su futuro y, por tanto, haría todo lo que fuese necesario para permanecer en España.

#### IV

Eran las siete de la tarde de aquel domingo de finales de septiembre. Mohamed se encontraba en su dormitorio, según las instrucciones que le había dado el Dr. Braun cuando, alrededor de las cinco, había tomado las muestras para su análisis en el laboratorio. Clara preparaba la cena en la cocina y Fermín disfrutaba de permiso hasta el día siguiente a las ocho de la mañana.

Tras contrastar los resultados analíticos de Mohamed con los informes clínicos de los dos candidatos, el Dr. Braun, desde su teléfono móvil, concertó la cita para el día siguiente, lunes, con un poderoso empresario italiano que venía dializándose desde hacía seis meses. Seguidamente realizó otra llamada telefónica a sus colaboradores habituales, concretando la hora de la intervención.

Durante la cena, el Dr. Braun informó a Mohamed que el resultado de los análisis era satisfactorio, pero que, probablemente, habría que repetir una de las pruebas, porque los valores obtenidos en una de las determinaciones no se correspondían con su edad y su estado físico aparente.

Con esta información, el Dr. Braun únicamente quería predisponer a Mohamed para que, en ningún momento, sospechase de su intencionalidad en los síntomas que, al mediodía del lunes, iban a desembocar en una urgente intervención quirúrgica.

## V

Al día siguiente, lunes, el Dr. Braun ordenó a Fermín que mantuviese en ayunas al invitado. Después de desayunar y leer minuciosamente la prensa, el cirujano invitó a Mohamed a que le acompañase al quirófano para que observase cómo se preparaba todo el instrumental necesario para una intervención quirúrgica que tenía programada aquella misma tarde para un importante empresario extranjero.

Mohamed aceptó encantado. Para él era como un sueño visitar un quirófano y ver todas esas herramientas que utilizan los cirujanos en sus delicadas intervenciones quirúrgicas. Estuvo toda la mañana tan ensimismado con las explicaciones y comentarios que le iba detallando el Dr. Braun, al respecto de la nefrectomía que iba a practicar aquella misma tarde, que había olvidado la repetición de aquella analítica que le anunció en la tarde anterior.

Media hora antes del almuerzo el quirófano ya estaba perfectamente ordenado. En ese instante, Jaime llegaba a la mansión. Los tres entraron en el salón y se sentaron en un sofá situado junto a otro de los ventanales que daban al frondoso jardín. Mohamed se alegró mucho con la llegada de Jaime y no paraba de contarle la fantástica mañana que había pasado en el quirófano. Fermín estaba preparando la mesa para el almuerzo y en una de sus

idas y venidas el Dr. Braun le pidió que sirviese en la mesa auxiliar tres copas de jerez seco para ir abriendo el apetito. El mayordomo, que terminaba en ese momento de servir la mesa, colocando en el centro una bandeja con una suculenta lubina a la sal que, magistralmente, había preparado Clara, se apresuraba a servir las copas de vino.

- ¡No! ¡Déjalo Fermín! Yo mismo las serviré ¡Gracias! ¡Puedes retirarte! –le ordenó el Dr. Braun-.

Fermín abandonó el salón cerrando tras de sí la enorme puerta de dos hojas. El Dr. Braun hizo un gesto a Jaime y éste distrajo la atención de Mohamed mostrándole las hermosas flores del jardín de la mansión, mientras el cirujano servía las copas.

Varios minutos más tarde, cuando habían apurado el vino y se disponían a sentarse a la mesa, Mohamed empezó a sentirse mal. Un fuerte dolor abdominal le obligó a retorcerse en el sofá. Impulsivamente, el Dr. Braun dejó la copa sobre la mesa y, tras un rápido reconocimiento médico, diagnosticaba una posible peritonitis, sugestiva de una inmediata intervención quirúrgica.

El Dr. Braun ordenó a Fermín que ayudase a Jaime a trasladar a Mohamed hasta el quirófano, mientras él, en apariencia, llamaba urgentemente por teléfono.

El equipo médico habitual, con la puntualidad requerida en la conversación mantenida la tarde anterior, aparcaba quince minutos más tarde sus vehículos en el garaje de la mansión. Y veinte minutos después lo hacía la limusina del poderoso empresario italiano.

Cuatro semanas más tarde, Mohamed estaba recuperado totalmente. Había recibido la visita diaria de Jaime y, ahora, con todos sus papeles en regla, se dirigía en el Mercedes gris a una plantación de pepinos almeriense.

A la hora de la despedida, Mohamed no sabía como agradecer a Jaime todas sus atenciones y favores. Se arrodilló y le besó los pies. Jaime, cogiéndolo de las axilas, lo levantó; y, con un hipócrita apretón de manos, se despidió del él diciéndole:

- *¡Au revoir, Mohamed!*

----- 0000000 -----

## EL JUEGO DE LAS DIFICULTADES

No consigo abrir los ojos... No puedo moverme... Tengo todo el cuerpo como si estuviese completamente anestesiado... No siento dolor alguno... He perdido el sentido de la orientación... Ignoro la postura de mi cuerpo y el lugar exacto donde me encuentro... No sé si estoy aún dentro del coche o he salido despedido de él tras el tremendo impacto contra la acequia... He tenido muy mala suerte... ¿Por qué se habrá reventado la rueda delantera derecha justo en mitad de esa curva a la izquierda?... ¿Por qué no puedo mover ni las pestañas?... Al menos mis oídos oyen... Escucho a los grillos y a las chicharras que no paran de cantar... Hoy estaba la noche muy calurosa... Ahora escucho a lo lejos el motor de un automóvil que se acerca... No puedo pedir auxilio, pero imagino que el conductor verá mi coche empotrado en la acequia y parará... Ya lo oigo muy cerca, pero no advierto que disminuya la velocidad... Debería parar y ayudarme... No ha parado... ... el muy... ... ¡Sí!... ¡¡Sí!!... Se ha detenido unos metros más adelante... Escucho el sonido característico de la marcha atrás... Por fin... ¡Ya está aquí!... Oigo sus pisadas sobre la hierba seca... ..

*- ¡Dios mío! ¡Qué accidente más espantoso!... ¡Oiga!... ¿Está vivo? ¿Puede oírme?*

Es una mujer... Puedo oírla, pero no puedo contestar... Está tan cerca de mí que puedo percibir nítidamente su respiración agitada... No sé qué estará haciendo... ..



*- Aún tiene pulso... ¡Está vivo!*

Se aleja... ¿Por qué se va?... ¿Por qué no me ayuda?... Espero que no se vaya y me quede aquí tirado como a un perro... la muy... ...

*- ¿Emergencias?... ¡Oiga! Estoy en el kilómetro 415 de la Nacional VII. Ha ocurrido un accidente. Tienen que venir urgentemente. Hay un hombre gravemente herido... ¡Por favor no tarden en llegar!... ... Sí, en el kilómetro 415... ... ¡Dense prisa, por favor!... ... ¡No! Yo no me moveré de aquí hasta que ustedes lleguen... ... ¡De acuerdo!*

¡Menos mal! Creí que se iba a largar... Todavía queda gente buena en el mundo... Por fin vendrá una ambulancia y me llevarán a un hospital... No creo que esté tan grave como dice esa señora, porque si no me dolerían las heridas... Seguro que los médicos encontrarán enseguida la solución... Se acerca otra vez con la respiración muy acelerada... Está a mi lado pero no sé qué está haciendo... Vuelve a alejarse muy deprisa... Ahora escucho a otro automóvil que se acerca... ... Está parando... ...

*- ¿Qué ha ocurrido?*

*- Un accidente horroroso. El conductor está dentro del coche entre un amasijo de hierros redoblados. Aún tiene pulso, pero no sé si sobrevivirá. Las heridas son espantosas.*

*- ¿Y usted cómo se encuentra?*

*- Yo no he tenido nada que ver. Pasaba por aquí, he visto el coche y he parado. Ignoro la hora del accidente, pero no debe haber pasado mucho tiempo porque el motor está caliente todavía.*

*- ¿Ha llamado usted a una ambulancia?*

*- Sí, he llamado desde mi teléfono móvil. Ya debe estar en camino.*

*- Allí se ven luces... creo que es la Guardia Civil.*

Al menos ya sé donde estoy... Debo tener un aspecto horrible... Y las heridas deben ser muy graves, a juzgar por lo que dice esa señora, sin embargo a mí no me duele nada... Debe ser porque aún es muy pronto... Seguro que cuando se enfríen empezarán a dolerme... Ya se acerca la Guardia Civil... Escucho las sirenas de su vehículo... Ellos agilizarán mi traslado al hospital... ..

*- ¡Buenas noches! ¿Ha sido usted quien ha llamado al Servicio de Emergencias?*

*- ¡No! Yo he llegado después. Ha sido esta señora quien ha llamado.*

*- ¿Vio usted el accidente?*

*- ¡No! Al pasar vi el coche y paré. El conductor está muy mal herido, pero aún vive... al menos hasta hace unos instantes.*

*- Les ruego que esperen un momento hasta que llegue el vehículo de atestados para tomarles declaración. Mientras tanto retiren los coches de la carretera y apárquenlos en la entrada de esa finca que hay más adelante.*

Oigo pisadas... Debe ser un Guardia Civil que se acerca... ..

*- ¡Dios mío! ¡Qué porrazo!*

Parece un poco asustado... Y si un Guardia Civil se asusta es que el golpe ha debido ser impresionante, porque ellos están muy acostumbrados a ver accidentes... Sin embargo, a mí sigue sin dolerme nada... Se acerca otra persona, debe ser el otro Guardia Civil... Están los dos aquí, a mi lado... Intentan abrir la puerta. Parece que no lo consiguen... Debe estar atascada... ..

*- Tendrán que venir los bomberos con sus sierras especiales...*

*- ¿Y aún tiene pulso?... Es increíble que todavía esté vivo... ¡Oiga! ¿Puede oírnos?*

**¡¡Sí!! ¡¡Puedo oírles!! ¡¡Dense prisa!! ¡¡Por favor!! ¡¡Llévenme a un hospital!! ¡¡Quiero que me curen!! ¡¡Quiero poder abrir los ojos!! ¡¡Quiero volver a sentir mi cuerpo, aunque sea dolorido...!!**

*- ¡Nada! Está totalmente inconsciente. La herida en la cabeza es enorme y dudo que le haya quedado algún hueso sano en todo el cuerpo.*

Se alejan... Irán a llamar a los bomberos... Estoy muy asustado... Y la ambulancia no acaba de llegar... .. ¡Por fin!... Ya oigo las sirenas a lo lejos... Pronto estaré en un hospital... Unas cuantas escayolas por aquí, algunos puntos de sutura por allá, un par de meses ingresado y listo... ¡Bueno, aunque sean cuatro meses... ..!

*-¡Atención Central! Necesitamos que nos envíen un equipo de bomberos y una grúa al kilómetro 415 de la Carretera Nacional VII, donde se ha producido el accidente. Sin su ayuda no podremos extraer el cuerpo del conductor. Es muy urgente. Aún está vivo, pero su vida corre mucho peligro... El vehículo es un Mercedes color gris, matrícula XST-1065... Averigüen los datos del propietario o del conductor para avisar a sus familiares... .. ¡No! No podemos coger la documentación, porque el vehículo está destrozado y el conductor no lleva la cartera en ningún sitio accesible... Que vengan los bomberos enseguida... La ambulancia acaba de llegar.*

Van a avisar a mi mujer y a mis hijos... Seguro que se llevarán un susto de muerte... Oigo muchas pisadas cerca de mí... Deben ser los

médicos y los enfermeros... .. ¡Por fin! Ahora me pondrán alguna inyección y podré abrir los ojos...

*- ¡Dios mío! ¡Es increíble que aún esté vivo!...*

*- ¿Y los bomberos? ¿Han avisado a los bomberos?*

*- ¡Sí!... Ya deben estar en camino.*

*- ¡Avisen también a un helicóptero!... Hemos de ganar todo el tiempo posible.*

*- Vamos a intentar cortar la hemorragia.*

*- Está sangrando mucho, pero el coche ha quedado tan incrustado entre la acequia y el árbol que es imposible el acceso.*

*- Tendremos que esperar a que lleguen los bomberos. No podemos hacer nada entre este amasijo de chatarra.*

El golpe ha debido ser brutal... Mi cuerpo debe estar encajado dentro del habitáculo deformado... Pero este no es un coche cualquiera... Es un Mercedes... Y estos coches no se deforman así como así... ¿Me habrán puesto ya la inyección?... Quiero poder abrir los ojos por lo menos... ..

*- Y eso que es un Mercedes...*

*- Seguro que iba a mucha velocidad.*

En eso sí tienen razón... La curva era lo suficientemente abierta y no levanté el pie del acelerador... Iba a ciento cincuenta kilómetros por hora... Pero no habría pasado nada si no se hubiese reventado la maldita rueda... Ya escucho la sirena de los bomberos... ¡Aleluya!... Ya están aquí... Todo va a salir bien... Ellos me sacarán del coche y los médicos me curarán... Seguro que podrán curarme... ..

*- ¡Rápido!... ¡Rápido!... El conductor aún está vivo.*

- *¡Apártense un poco! Van a saltar muchas chispas...*
- *¡Traed una manguera! Este pasto seco puede salir ardiendo en cualquier momento.*

Ya están cortando la puerta... Van a sacarme... ¡Qué ruido!... Espero que no tarden mucho, porque de lo contrario voy a perder el único sentido que me queda... ..

- *Si cortas ahora por este lado podremos hacer palanca.*

¡Venga!... ¡Ya queda menos!... ¡Ánimo!... ..

- *Coge la palanqueta... Vamos a intentarlo... ¡Aprieta con fuerza!...*

¡¡Bien!!... Ya han arrancado la puerta... Ahora ya me sacarán de aquí...

- *¡Esto está muy complicado!...*
- *¡Sí!... Pero aún sigue con vida... ¡Hay que darse prisa...!*

El helicóptero... ¡Oigo el helicóptero!... ¡¡Qué bien!!... Me llevarán al hospital en un momento y muy pronto estaré en manos de un especialista...

- *Apalanca tú por debajo del asiento tirando hacia atrás mientras yo corto por aquí para intentar desencajarlo... ¡Tira con fuerza!*

¡¡Sí!!... ¡¡Eso!!... ¡¡Tiren con fuerza!!... ¡¡Ánimo!!... ..

- *¡Ya está!... Ya hay hueco suficiente para sacarlo.*
- *¡Rápido!... ¡Acerquen la camilla!*

**¡¡Por fin!!... ¡¡Qué bien!!... ¡¡Qué bien!!... ...**

**- Un collarín... ¡Rápido!**

**- ¡Hay que cogerle una vía!**

**- ¡Tú!... ¡Ocúpate de las piernas!**

**- ¡Rápido!... Compresas y vendas para la cabeza... Hay que taponar esta brecha.**

**- ¡Está perdiendo pulso!...**

**- El respirador manual... ¡Rápido!**

**- ¡Presionen fuerte los vendajes!... ¡Hay que detener la hemorragia!**

**¡Tengo miedo!... Me estoy mareando... ... Pero no debo perder el conocimiento... Ahora no... Ahora que ya me queda tan poco tiempo para llegar al hospital... ...**

**- ¡Listo!**

**- ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Al helicóptero! ¡Vosotros dos venid conmigo! Hay que mantenerlo con vida.... ¡Vosotros... informad al hospital! ¡Decidles que estaremos allí en unos minutos!**

**¡¡Vamos... ¡¡Vamos!!... ¡¡Deprisa!!... ... Ya me están subiendo al helicóptero... El ruido de las hélices es ensordecedor... ¡¡Venga!!... Ya queda menos... ...**

**- ¡Coge los electrodos!... Vamos a ir ganando tiempo monitorizándolo por el camino...**

**- El pulso es débil e inconstante...**

**- ¡Vamos a intubarlo!... ¡Rápido!... Un tubo endotraqueal del número siete y medio...**

Cuando salga de ésta voy a hacerles un buen regalo a todas estas personas... Me están salvando la vida... Y eso que no me conocen de nada... ¡Cuánto tarda este helicóptero en llegar al hospital!... Estoy deseando abrir los ojos y volver a sentir las piernas y los brazos... Y poder hablar para agradecerles todo lo que están haciendo por mí...

*- ¡Ya estamos llegando!... El pulso se mantiene constante... ¡Esto es un milagro!*

¡¡Sí!!... Aunque sea de milagro... Pero... ¡¡Estoy vivo!!... ¡¡Estoy vivo!!... Y muy pronto me recuperaré... ¡Seguro que sí!... No pienso morirme ahora, cuando ya estoy tan cerca del hospital... ..

*- ¡Bájenlo con cuidado!*

*- El quirófano está preparado... ¡Rápido!... ¡No hay tiempo que perder!*

¡¡Qué bien!!... ¡¡Qué bien!!... Todo está preparado para que me curen... Muy pronto vendrán mi mujer y mis hijos y podré darles un abrazo y un beso muy fuerte... Dentro de poco tiempo volveré a casa... Todo va a salir bien... ¡Seguro!... ..

*- ¡Apártense!... ¡Apártense!...*

*- Al quirófano número dos... ¡Rápido!*

No puedo percibir el olor pero creo que ya estoy dentro del quirófano...

*- A la de tres... .. una... dos... y ... .. tres.*

*- ¡Bien!... ¡Retiren esa camilla!... ¡Rápido!*

*- ¿La anestesia está lista?*

**- ¡Lista!**  
**- ¿Todos preparados?... .. ¡Bien! ¡Procedamos!**  
**- ¡Yodo!... ¡Gas... a...s!... .. ¡Bis... tu... r... .. í!... .. ..**

. . . . .

¿Dónde estoy?... ¿Qué son esos pitidos tan agudos?... Mis ojos siguen cerrados... Aún no puedo abrirlos... Esos sonidos son los característicos de los sofisticados aparatos de una Unidad de Cuidados Intensivos... Al menos así es como suenan en las películas... ¡Me he salvado!... ¡Estoy vivo!... Pero sigo sin poder moverme... ¿Habrá alguien a mi lado?...Tan sólo escucho los agudos pitidos de los monitores... Debo estar conectado a multitud de cables y tubos por todas partes... ¿Cuántos huesos me habré fracturado?... ¿Cuánto tiempo habré estado bajo los efectos de la anestesia?... Han abierto la puerta... Alguien se acerca... Está a mi lado, pero no dice nada... ¿Qué estará haciendo?... Ahora está colocando vasos o botellas sobre una mesa... ¡Ah!... ¡Claro!... Es una enfermera que ha venido a cambiar los goteros... ¿Cuántos me habrán puesto?... Ha terminado... Se va... Ha cerrado la puerta... Es evidente que estoy solo... De lo contrario habría dicho algo, habría intercambiado algún saludo... ¿Dónde estarán mi mujer y mis hijos?... Supongo que ya los habrán avisado y estarán en camino... No habrán llegado aún... Son cuatrocientos kilómetros... Primero se lo habrán dicho a mi mujer y luego ella habrá llamado a nuestros hijos para venir todos juntos... Pero cuando lleguen no podré verlos, ni abrazarlos, ni besarlos... ¿Cuánto tiempo permaneceré así?... Probablemente estoy en coma... Una vez leí un libro que trataba de algunos casos clínicos de pacientes que habían entrado en coma y nunca salieron de él... Al final terminaban desconectándolos de los



aparatos para que muriesen... Pero en ese mismo libro también se mencionaban casos de otros pacientes que al final se recuperaban... Yo debo estar en la misma situación que estos últimos... Mi coma no debe ser tan profundo, porque de lo contrario no podría oír... Claro que... supongo que nadie puede asegurar si los pacientes que nunca salieron del coma y finalmente murieron habían estado oyendo todo lo que ocurría a su alrededor... Nadie pudo preguntárselo... Sin embargo, he escuchado alguna vez que algunos de esos pacientes, cuando ya estaban a punto de morir, una vez desconectados de todos los aparatos, habían derramado alguna lágrima, manifestando algún sentimiento de dolor o de tristeza... Yo no siento ningún dolor y supongo que debería estar muy triste, pero mi curiosidad por saber en qué estado físico me encuentro y por saber cuánto tiempo voy a permanecer en coma, más que tristeza me mantiene en un estado de ansiedad y de impotencia... Estoy deseando que venga el médico para escuchar algo que me aclare todas estas dudas... ¿Qué hora será?... Recuerdo que unos minutos antes del accidente miré el reloj y eran las diez y media... Aún debe ser de noche, porque no se oyen ruidos por los pasillos, no hay ninguna actividad... ... Uno de los aparatos debe haberse vuelto loco, sus pitidos se escuchan mucho más acelerados... Siento una sensación de mareo... Alguien ha abierto la puerta muy deprisa... ..

*- ¡Avisa al Doctor... rápido!*

¿Qué estará pasando?... ¡Seguro que algo falla!... Los pitidos vuelven a recuperar su ritmo normal... Ya se me está pasando el mareo...

*- ¿Qué ocurre?*

*- La tensión se había venido abajo. Marcaba 7/4.*

- *Ahora marca 14/8.*
- *¡Sí! Ha vuelto a recuperarse.*
- *Anótelo en el parte de incidencias. Vamos a repetirle la analítica. Bioquímica y hematológico completos y gasometría arterial.*
- *¡Enseguida Doctor!*
- *En cuanto lleguen los resultados me avisa. Estaré en mi despacho, los familiares no deben tardar mucho en llegar.*
- *¡De acuerdo!*

Se me había bajado la tensión... Yo siempre he tenido la tensión baja, pero tanto como 7/4, nunca... Ha vuelto a entrar la enfermera... Lo sé por el sonido de sus pisadas... Debe ser una enfermera bajita, porque sus pasos son muy cortos, o quizás sea alta y anda muy deprisa... Supongo que ahora estará extrayéndome la sangre para las analíticas que ha ordenado el médico... No he sentido el pinchazo, pero oigo como coloca los tubos en alguna batea metálica... Ya ha terminado... Se va... Ha cerrado la puerta y he vuelto a quedarme solo. Supongo que la pared de la habitación tendrá un enorme ventanal con un gran cristal para que puedan observarme desde la estación de enfermería... ¿Dejarán entrar a mi familia en la habitación o tendrán que conformarse con verme desde alguna ventana que dé al pasillo?... Mi mujer y yo estamos últimamente bastante distanciados... Mi excesivo trabajo me obliga a viajar tanto que, en los últimos años, se ha debilitado mucho nuestra relación... Tal vez ahora, por tener que estar de baja varios meses, podamos recuperar todo ese tiempo de alejamiento y fortalecer nuestro matrimonio... ¿Y mis hijos?... Quizás siempre fui demasiado duro con ellos, pero supongo que ahora sabrán comprender la disciplina que siempre les inculqué... No he podido evitar que con su mayoría de edad se hayan emancipado tan pronto... Ahora ya no puedo dominarlos como cuando eran

pequeños... Yo hubiese preferido que siguiesen a nuestro lado, pero, en fin, después de todo tienen trabajo y no les va mal... Ya se escucha ajeteo por los pasillos... Deben ser las ocho de la mañana, hora del cambio de turno... Alguien ha abierto la puerta... Son varios. Vienen hacia mí... Se han parado aquí, a mi lado, pero no dicen nada... ¿Quiénes serán?... ..

*- Conviene que no permanezcan aquí demasiado tiempo.*

*- Si no le importa, Doctor ¿Podríamos quedarnos un momento los tres a solas con mi marido?*

*- ¡Sí! ... Pero sólo un momento.*

*- ¡Gracias, Doctor!... ¡Enseguida saldremos!*

Están los tres aquí, conmigo... Toda la familia junta... Y no puedo verlos, ni hablar con ellos, ni abrazarlos... ..

*- El accidente ha debido ser brutal.*

*- Lo raro es que aún esté vivo.*

*- Bien podría haberse muerto de una vez y evitarnos la molestia de aguantar aquí todo el tiempo que tarde en morir.*

*- Quizás no tengamos que esperar tanto tiempo.*

*- ¿Qué quieres decir?*

*- Recuerdo que hace unos años vuestro padre firmó unos documentos para donar todos sus órganos en caso de muerte por accidente. Él nunca lleva el carnet de donante en la cartera, pero yo, antes de salir de casa, lo primero que he hecho es cogerlo del cajón de su escritorio donde lo tenía muy bien guardado.*

*- Si los médicos lo supiesen, seguro que no tendríamos que esperar mucho tiempo.*

*- De todas formas, en este estado no creo que tarde mucho en morir.*

*- ¡Sí! Pero cuanto antes mejor, no sea que ocurra un milagro, se recupere y continúe amargándonos la vida. Además, ya has oído al médico, por mucho que se recupere, en el mejor de los casos, quedaría tetraplégico. Y yo no estoy dispuesta a cargar con él durante el resto de mi vida... ¿Tú sí?... Además, cuánto antes muera, antes cobraréis la herencia.*

*- ¡Salgamos!... ¡Vamos a hablar con los médicos!*

No puedo creer lo que acabo de oír... Mi mujer y mis hijos están deseando que me muera para hacerse con mi herencia... ¿Tan mal los he tratado?... Toda una vida trabajando para que no les faltase de nada y... ¿así es como piensan pagármelo?... Prefiero pensar que lo han dicho para evitarme sufrimientos... Quizás piensen que yo no resistiría el padecimiento de permanecer postrado en una cama o en una silla de ruedas toda la vida... Pero no... no era ese el tono de su voz... Lo estaban diciendo con mucho resentimiento... ¿Tanto odio tenían acumulado contra mí?... Quizás haya sido más duro con ellos de lo que yo pensaba, pero nunca podría esperarme una reacción así... Y ahora van a hablar con los médicos para informarles de que soy donante de órganos... Y firmarán todos los consentimientos habidos y por haber para que me desconecten cuanto antes de estas máquinas... ¡Maldita sea!... Si yo hubiese sabido esto antes, nunca habría firmado aquellos documentos... Yo los firmé con la condición de que me extrajesen los órganos sólo en caso de muerte... Pero... ¡¡Estoy vivo!!... Tengo que hacer algo para evitar que me dejen morir... Tengo que hacer algo... Si consiguiese llorar y soltar algunas lágrimas antes de que me desconecten, tal vez los médicos tendrían que esperar más tiempo... Pero no puedo llorar, es tal mi rabia, mi impotencia y mi indignación que no me permiten llorar... Es como cuando alguien está tan cansado que el

propio cansancio no le deja conciliar el sueño... Han vuelto a abrir la puerta... Tengo miedo... ...

*- ¿Sigue inconsciente?*

*- ¡Sí! Ingresó en coma y aún sigue igual. Sufre politraumatismo con fracturas múltiples en toda su estructura ósea. Fractura de la base del cráneo con hematoma interno en la zona frontal y su columna vertebral está dañada en numerosas vértebras cervicales, dorsales y lumbares. No responde a ningún estímulo...*

*- ¡Bueno! Hagámosle una resonancia magnética para obtener datos suficientes y hacer una valoración definitiva antes de actuar.*

*- ¿Avisamos ya al Centro de Coordinación de Trasplantes?*

*- ¡No! No conviene precipitarse.*

*- ¡Enfermera! ¡Dispóngalo todo para trasladar a este paciente al Servicio de Radiodiagnóstico!*

*- ¡De acuerdo, Doctor!*

**¡¡Estoy vivo!!... ¡¡Estoy vivo!!... ¡¡Puedo oírles!!... ¡Maldita sea!... ¿Y si esa prueba da un resultado negativo...? ¿Y si finalmente piensan que no podré salir nunca de este maldito coma...? ¿Y si deciden que no merece la pena mantenerme más tiempo con vida...? Si al menos mi familia estuviese de mi parte, quizás obtendría un poco más de tiempo hasta ver si consigo abrir los ojos... ¡Malditos párpados! Es como si pesaran mil kilos cada uno... Y mi cuerpo... Me importa un rábano mi cuerpo... Me da igual que esté destrozado... ¡¡Yo quiero vivir!!... Aunque sólo sea para maldecir el nombre de mi mujer y el de mis hijos durante el resto de mi tetrapléjica vida... Aunque sólo sea para que no puedan disfrutar ni tan siquiera de un euro de mi herencia... Los maldigo una y mil veces... ...**

*- ¡Cuidado con los monitores!... ¡Despacio!*

¡Ojalá se estropee la máquina justo cuando me vayan a hacer esa prueba... Al menos tendrían que esperar hasta que la reparasen y yo dispondría de más tiempo de vida... Más tiempo para intentar abrir los ojos... Más tiempo para intentar derramar alguna lágrima antes de que me desconecten... ..

*- ¡Con cuidado!... ¡Colóquenlo ahí!... ¡Bien! ¡Perfecto!... ¡Salgan y cierren la puerta!*

A lo mejor esta prueba da un resultado positivo y amanezca una posibilidad para mí... Porque supongo que si los médicos ven la más mínima probabilidad de recuperación, no podrán desconectarme... Supongo que habrá alguna ley que se lo prohíba... Pero, por otro lado, si quienes insisten en donar mis órganos son mis propios familiares, quizás haya otra ley que se lo permita... ¿Cuánto tiempo tardarán en hacerme esta prueba?... ¿Cuánto tiempo tardarán en obtener los resultados?... Y mis párpados siguen igual... No consigo abrir los ojos... Voy a intentar pensar en algo triste para forzar el llanto... Pero... ¿En qué situación más triste que la que estoy padeciendo ahora podría pensar?... Estoy a punto de morir, o dicho de otro modo, a punto de que me dejen morir y sin embargo no consigo derramar ni una lágrima... Yo nunca fui un llorica, siempre fui de los que cogen al toro por los cuernos... Y hablando de cuernos, ahora comprendo las extrañas reacciones de mi mujer últimamente... ¡¡Tiene un amante!!... ¡¡Seguro que tiene un amante!!... ¡¡La muy zorra!!... Y ahora comprendo por qué mis hijos sólo aparecían por casa cuando yo estaba de viaje... No querían ni verme... Están resentidos porque yo siempre les he recriminado con dureza sus malos comportamientos... Pero yo lo hacía por su bien... “Quien bien te quiere te hará llorar”, esa era la frase preferida de mi

padre, sobre todo cuando llegaba a casa un poco bebido y me pegaba porque no había terminado las tareas de la escuela o por cualquier otro motivo que se le ocurriese en aquel momento... Pero lo de mi mujer no puedo entenderlo... Es cierto que llevamos muchos años con una relación bastante fría, sobre todo desde que tuvimos que llevar al mayor al servicio de urgencias del hospital con una brecha en la cabeza por aquel golpe que le asesté con una silla cuando pretendió subírseme a las barbas. Pero yo no podía consentir que mi propio hijo me hiciese cara como un gallito... Yo creía que con el tiempo ella me había dado la razón a mí... Pero ya veo que no... Igual que tampoco me ha perdonado los azotes que le he dado al pequeño por sus innumerables travesuras... Pero yo siempre he actuado conforme a mi conciencia, pensando siempre en su bien y en su porvenir... Han abierto la puerta... Vienen a por mí... Ya han terminado la resonancia magnética... ¿Qué pasará ahora?... ¿Cuánto tiempo tardarán en decidir que van a hacer conmigo?... Están trasladándome por un pasillo... Creo que me llevan de nuevo a la misma habitación en la que estaba... Me siento como un automóvil destrozado que es conducido a un desguace... Pero antes de desguazarme tienen que certificar mi defunción, y, para eso, antes tendrán que dejarme morir... Pero yo estoy vivo y no quiero morir... Quiero que agoten hasta la última posibilidad que exista para hacerme recobrar la conciencia... Pero... ¿qué estoy diciendo?... Yo estoy consciente, lo único que ocurre es que no puedo mover ni un solo músculo de mi cuerpo... ¡Cuánto me acuerdo ahora de aquel compañero de clase!... Se llamaba Fernando.... Siempre volvíamos a casa juntos de regreso del colegio... A él le gustaba jugar a un extraño juego que él mismo bautizó con el nombre de “el juego de las dificultades”... Ese chaval tenía una imaginación increíble... El juego consistía en que uno situase al otro en un lugar determinado frente a una situación

comprometida con un peligro de muerte inminente... Se trataba de ir dando soluciones para evitar la muerte, a las cuales, el otro iba poniendo pegas y dificultades para conseguir que esas soluciones no pudiesen surtir efecto... Recuerdo que yo perdía siempre y al final moría, pero él siempre encontraba alguna solución a las dificultades que yo le planteaba, siempre hallaba alguna salida por donde escapar... Quizás fuese por mi falta de imaginación a la hora de plantearle las dificultades o quizás, y sin quizás, porque Fernando tenía mucha más imaginación que yo... ¡Cuánto lo admiraba!... ¡Ojalá estuviese aquí Fernando!... Aunque en nuestros juegos nunca nos habíamos planteado una situación con estado de coma incluido, seguro que él encontraría alguna solución para salvar esta dificultad... Seguro que él me diría qué es lo que debería hacer para salir de este callejón sin salida... Para conseguir, al menos, que los médicos esperen un tiempo prudencial antes de desguazarme como a un automóvil inservible... ¿A quién irán a parar mis riñones, mis pulmones, mis córneas?... Yo siempre he sido partidario de la eutanasia, pero sólo en el caso de que el paciente la solicite en pleno uso de sus facultades y con total conocimiento de causa... Pero a mí no me han consultado, ni yo he autorizado a nadie para que me prive de vivir... Tal vez dentro de un año, si continúo en este mismo estado de postración e inmovilidad, yo mismo desearía mi muerte y estaría conforme con que trasplantasen mis órganos a otras personas para ayudarles a recuperar una vida normal... Pero ahora no... Todavía no... Aún es muy pronto... Aún tengo esperanzas de recuperarme... Y los médicos no deberían perder la esperanza con tanta facilidad... Aunque tal vez piense así porque no he visto mi cuerpo, ni en qué estado de mutilación me encuentro... Probablemente mi apariencia física sea horrible... Quizás mi rostro se haya deformado y ni yo mismo me reconocería ante un espejo... A lo peor han tenido que amputarme alguna pierna, o las dos, o



parte de ambas... Supongo que el coste diario de una habitación en una Unidad de Cuidados Intensivos debe ser altísimo... Pero la vida de una persona no tiene precio... Han vuelto a abrir la puerta... Oigo pasos... ..

- *¿Cuándo ha ingresado este paciente?*

- *Esta noche. Lo trajeron en un helicóptero.*

- *¿En un helicóptero?*

- *¡Sí! Sufrió un accidente de tráfico y está en coma. Es una pena... con sólo cuarenta y cuatro años.*

- *¿Y tú cómo te has enterado de todo?*

- *Lo estaba comentando la enfermera saliente en la estación de enfermería.*

- *¿Y no tiene familia?*

- *Sí, tiene mujer y dos hijos. Ahora mismo acabo de verlos en el pasillo hablando con el médico.*

- *¡Estarán destrozados...!*

- *Pues la verdad es que se les ve con mucha entereza. Y eso que el médico les estaba diciendo que tiene muy pocas esperanzas de que se recupere, porque las lesiones son muy graves.*

- *La verdad es que da miedo verlo. Tiene la cara como un monstruo.*

- *¡Venga! ¡Abreviemos! Recoge esas bolsas que voy a pasar la fregona retorcida.*

- *¡Mira! ¿Te has fijado?*

- *¿En qué?*

- *¿No ves esas lágrimas?*

- *¡Es verdad! ¿Cómo es posible que esté llorando si está inconsciente?*

- *¡Toma! ¡Límpiale esas lágrimas con este paño limpio!*

- *¡El pobre!*

**¡¡No!!... ¡¡No me limpiéis las lágrimas limpiadoras imbéciles!!...  
¡¡Avisad al médico o a la enfermera!!... No sabéis lo que estáis  
haciendo tontas del culo... ¡¡Maldita sea!!... Para una vez que  
consigo derramar algunas lágrimas... Acabáis de firmar mi sentencia  
de muerte...**

***- ¡Venga! ¡Apártate! Vamos a terminar esta habitación, que aún nos  
queda mucha faena.***

***- Te espero en la habitación de al lado.***

**¡¡Idiotas!!... ¿Y ahora qué?... La única posibilidad que tenía de  
demostrar que aún puedo recuperarme eran esas lágrimas... ¿Cómo  
es posible que a las limpiadoras de estas Unidades de Cuidados  
Intensivos no les den un curso de formación previo?... ¿Cómo es  
posible que para la limpieza de estas habitaciones contraten a  
cualquier persona por el simple hecho de saber retorcer una  
fregona?... ¿Cómo se han atrevido a limpiarme las lágrimas?... Si  
consigo recuperarme, a esas dos limpiadoras se les va a caer el  
pelo... Voy a conseguir que las inhabiliten para limpiar en ningún  
hospital durante el resto de sus vidas, después de encerrarlas en la  
cárcel una buena temporada, por supuesto... ¡La madre que las  
parió!...¡Qué a gusto se quedaría!... ... Los monitores han vuelto a  
enloquecer... Los pitidos se aceleran más y más... Vuelvo a estar  
mareado... ...**

***- ¡Dios mío!... ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Venga enseguida!...***

***- ¿Qué ocurre?***

***- El pulso se ha venido abajo... Lo estamos perdiendo.***

***- ¡Prepare el desfibrilador! ¡Rápido! ¡Acérqueme el gel!...***

***- ¡¡Parada cardíaca!!***

- *¡Apártese! ¡Voy a desfibrilar!... ¡Atenta!... Una, dos y... ... Una, dos y...*
- *¡No reacciona! ¡Lo perdemos!...*
- *¡Aumenta la potencia! Lo intentaremos de nuevo...*
- *¡Listo!*
- *¡Vamos allá!... Una, dos y... ... Una, dos y...*
- *¡Bien! El pulso se recupera... Las constantes vuelven a normalizarse.*
- *¡Toma! ¡Aparta el desfibrilador y avisa al Jefe de la Unidad! Está en su despacho con los familiares.*
- *¡Enseguida vuelvo!*

¿Qué habrá pasado?... He perdido el conocimiento.... Los monitores han vuelto a recuperar el ritmo normal... ..

- *¿Qué ocurre?*
- *Se quedó sin pulso. Ha sufrido una parada cardíaca. Hemos tenido que desfibrilar para recuperarlo. Las constantes vuelven a la normalidad.*
- *Este hombre está viviendo de auténtico milagro. No sé qué razón divina está imperando sobre la humana para que siga con vida, pero por muy divina que sea, dudo que supere las veinticuatro horas. Avisen al Centro Coordinador de Transplantes para que vayan disponiendo lo necesario. No creo que tarde mucho tiempo en producirse el fatal desenlace. Mientras tanto, nosotros seguiremos haciendo lo humanamente posible para mantenerlo con vida. Voy a hablar con los familiares y a preparar toda la documentación. Manténganle el mismo tratamiento y avísenme si hay alguna novedad.*
- *¡De acuerdo!*

**¡Dios mío!... Ya han perdido la esperanza... Ahora ya sólo dependo de mí mismo para sobrevivir... ¿Y si fuera cierto lo que ha dicho el doctor sobre el razonamiento divino?... Quizás Dios no quiere que me muera por algún motivo desconocido.... Pero, por otro lado, ¿qué motivo tenía Dios para consentir que se reventara la rueda de mi coche?... ¿Por qué Dios ha querido castigarme de esta forma tan brutal?... Si él es todo divinidad y todo misericordia ¿por qué permite que sucedan estas cosas?... Yo nunca he escatimado el precio de los neumáticos, siempre he utilizado las mejores marcas y siempre voy al mismo establecimiento, donde ya me conocen y saben la importancia que tiene para mí llevar el automóvil bien calzado... Además, el dueño del negocio de neumáticos es amigo de la familia desde hace muchos años... Incluso algunas veces ha venido de visita a nuestra casa acompañado de la pobre de su esposa, o solo, como en algunas ocasiones que he regresado anticipadamente de mis viajes y estaba charlando cordialmente con mi mujer en el salón... Fue muy triste lo de su mujer, la pobre sufría depresiones pero nunca me imaginé que podría llegar hasta el suicidio... Desde entonces él se refugió mucho en nuestra amistad y sus visitas a nuestra casa han sido cada vez más frecuentes... Siempre he advertido que le consolaba mucho nuestra compañía, aunque yo casi siempre estoy de viaje... La última vez que le vi fue anteayer a primera hora de la mañana para que me montase los neumáticos nuevos... Recuerdo que casi me enfadé con él porque tardó más de la cuenta y yo llevaba mucha prisa... Él justificó su tardanza alegando que había recibido una llamada telefónica que le entretuvo demasiado... Pero... ahora que caigo en la cuenta, recuerdo que cuando le dejé el coche, antes de ir a tomar café y leer la prensa mientras él montaba las ruedas, en la breve conversación que mantuvimos me dijo que estaba esperando a los técnicos de la compañía telefónica porque la tarde anterior se había quedado sin**

línea... ¿Por qué me mintió?... ¿Cuál fue el verdadero motivo de su retraso en el montaje de los neumáticos?... Han abierto la puerta... Se oyen pisadas de zapatos... No son zuecos...

*- Sigue igual. No creo que tarde mucho en morir.*

*- Ya has oído al médico, está vivo de milagro.*

*- ¿Qué te parece que hagamos, mamá?*

*- Id al hotel más cercano y reservad una habitación doble para vosotros y una simple para mí. Llevad los teléfonos móviles conectados y descansad un rato. Si no os llamo, comed en el hotel y luego venid a relevarme.*

*- ¿No prefieres que nos quedemos alguno contigo?*

*- ¡No! Prefiero que vayáis juntos... Además, en la habitación sólo permiten que se quede una persona.*

*- ¡De acuerdo!...¡Hasta luego!*

*- ¡Hasta luego!*

Te has quedado aquí sola conmigo... Tengo miedo... Pero no... no creo que te atrevas a hacer ninguna tontería... Seguro que te sentarás en algún sillón a los pies de la cama deseando y esperando mi muerte... Estarás pendiente de cada minuto, de cada segundo que pasa... Ahora lo comprendo todo... Ya sé quién es tu amante y ya he descubierto vuestro plan... Pero no creo que fuese idea tuya... Tú eres demasiado cobarde como para idear un plan tan macabro y arriesgado... Quizás ni siquiera tengas conocimiento del siniestro montaje de los neumáticos... La idea del sabotaje sólo pudo ser concebida en la mente enfermiza de tu amante... Ahora dudo que su mujer se suicidara... Estoy convencido de que aquella cantidad de barbitúricos se la hizo tragar él a la fuerza y luego, refugiándose en el historial clínico de su esposa, no le fue difícil convencer a todo el mundo de que ella se había suicidado... Pero yo voy a seguir

luchando con todas las fuerzas de mi lúcida mente para conseguir recuperarme... Seguiré dándole vueltas a la cabeza hasta conseguir averiguar qué solución le daría mi amigo Fernando a este inédito “juego de las dificultades”... Necesito que sepas que lo he averiguado todo... Quiero que metan en la cárcel a ese miserable amante tuyo y, si como sospecho, tú no sabías nada de su tétrico plan, quiero que sepas con qué tipo de persona estabas dispuesta a compartir el resto de tu vida... Necesito que comprendáis el por qué de mi comportamiento disciplinario para contigo y con nuestros hijos... Hoy la vida es demasiado cómoda para la juventud, pero yo he tenido que luchar mucho para llegar hasta donde he llegado y nadie como tú podría certificarlo mejor... Tú has sido testigo de mis esfuerzos, de mis desvelos y de las privaciones a las que he tenido que someterme para conseguir un alto cargo de responsabilidad en una empresa multinacional donde se verifica la certeza de que el hombre es un lobo para el hombre, aunque, para conseguir todo eso, comprendo que he pasado demasiadas horas fuera de casa, demasiado tiempo separado de mis hijos y de ti... Y ahora comprendo mi error... Ahora sé que ya es demasiado tarde para recuperar todo ese tiempo perdido... Ahora sé que nuestro camino se ha bifurcado sin solución de continuidad... Y no quiero morirme sin que sepas todo esto, sin que sepas que puedo llegar a comprender vuestra actitud, por duro que parezca, aunque nunca pueda llegar a perdonar vuestro deseo de mi muerte... ... Suena un teléfono móvil... Pero... si en estos sitios está prohibido llevar teléfonos móviles conectados... ..

*- ¡Diga!... ...¡Sí!... Continúa en coma, estamos esperando el desenlace de un momento a otro... ...La primera explicación que nos ha dado la Guardia Civil es la del posible reventón de un neumático... ...El vehículo lo han llevado directamente a un negocio*

*de desguace, pero ignoro si la Guardia Civil continúa investigando otras posibles causas del accidente... ... ¡No! Ya te he dicho que lo ignoro ¿por qué insistes tanto en conocer la opinión de la Guardia Civil sobre la causa exacta del accidente?... ...Sí, ya sé que tú le cambiaste los neumáticos hace un par de días, pero quizás había algo en la carretera, alguna piedra con aristas muy afiladas, o algún erizo... ...¡Bueno! Si hay alguna novedad yo te llamaré, no te preocupes, voy a colgar y a apagar el teléfono porque aquí no permiten tener encendidos estos aparatos... ...¡Hasta luego!*

Esta llamada confirma todas mis sospechas... Era él... Está nervioso porque sabe que si la Guardia Civil investiga a fondo el neumático pueden descubrir su sabotaje... Lo que me extraña es que no haya entrado ninguna enfermera para decirle que apagase el teléfono móvil... Quizás no hubiera nadie en ese momento en la estación de enfermería... ¿Qué hora será?... ¿Habrán recibido ya el informe de la resonancia magnética?... En cualquier caso, el médico jefe de la unidad ha dicho que seguirán haciendo todo lo humanamente posible para que me recupere, pero desconozco si en estos casos es el Jefe de la Unidad de Cuidados Intensivos, el Director del Hospital o el Director del Centro de Coordinación de Transplantes quien tenga la última palabra... Y yo aquí, como un muerto viviente pero inerte sobre la cama, sin poder decir nada... ...

*- ¡Señora! ¿Puede salir un momento?*

*- ¿Qué ocurre?*

*- Ahí fuera hay un inspector de policía que quiere hablar con usted.*

*- Voy enseguida.*

¡Bien!... Seguro que ya han averiguado que la causa del accidente está en el neumático sabotado... Ahora empieza la fiesta...

¡Vaya!... Ha cerrado la puerta al salir y no podré escuchar la conversación... ¡¡Cuánto daría por estar delante cuando el inspector le pregunte: ¿Sabe usted si su marido ha cambiado recientemente los neumáticos?... ¿Sabe usted dónde?... ¿Conocen ustedes de algo al propietario de ese negocio de neumáticos?... ¿Mantienen ustedes con él algún tipo de relación social o afectiva?...!!... ... Ella le contestará al inspector con todo detalle, excepto su íntima relación con él, claro está... Y luego ella le preguntará: ¿A qué viene todo este interrogatorio?... Y el inspector le dirá: Tenemos fundadas sospechas de que el neumático que ha reventado tenía un defecto en su interior. Podría ser un defecto de fábrica o quizás alguien lo haya manipulado antes de su montaje y, por ello, necesitamos conocer todos los detalles... Y entonces ella empezará a comprender el nerviosismo y la preocupación de su amante cuando quería conocer todos los pormenores de la investigación de la Guardia Civil... Y será entonces, si es que no está tan ciegamente enamorada de él como para no sospechar, cuando se dé cuenta del tipo de monstruo con quien se ha estado acostando... Me gustaría saber cuál va a ser su reacción inmediata cuando el inspector se vaya con la información... Han vuelto a abrir la puerta... La han cerrado después de entrar... ¿Quién será?... ¡Es ella!... Ha vuelto a conectar el teléfono móvil y está marcando...

*- ¡Escucha!... Ha estado aquí un inspector de la policía y me ha dicho que la rueda que ha reventado podría tener un defecto de fábrica o quizás había sido manipulada antes de su montaje... ¿Tú sabes algo de eso?... ... Sí, claro que le he dicho donde había cambiado los neumáticos... ... Por supuesto que le he dado tu nombre y tu dirección... Pero... ¿Por qué estás tan nervioso?... ¡Oye!... ¿Sigues ahí?... ...*



Habr  salido corriendo como hacen los cobardes. No se imaginaba que la investigaci3n fuese a llegar hasta tan lejos como para destapar el sabotaje... Pero su intenci3n no es huir de la justicia...  l sabe que tarde o temprano lo atraparán... Habr  ido a entregarse a la policía...

*-  Esc chame hijo!  Venid los dos enseguida!  Os necesito aquí, a mi lado!...  No! Todo sigue igual, pero os necesito aquí conmigo. Hay algo que tengo que contaros...  S , no tard is!...  *

No se si en algún momento he llegado a darte pena en esta habitaci3n, pero lo cierto es que ahora t  s  que me das pena...  Qu  piensas hacer cuando todo se descubra?...  Qui n va a creer que t  no estabas de acuerdo con él en su macabro plan?...  Acaso crees que ese miserable amante tuyo va a asumir toda la responsabilidad?...  l intentar  defenderse con uñas y dientes montando una escena ante el juez y el jurado diciendo que tú lo chantajeaste y presionaste psicol3gicamente hasta el punto en que no pudo resistir más y tuvo que ceder, argumentando enajenaci3n mental en el momento del sabotaje... No le será difícil convencer al jurado... Estos enfermos mentales tiene un don especial para la interpretaci3n... Además, él ya tiene experiencia... Consigui3 el engañar a todo el mundo con el falso suicidio de su esposa...  Y ahora qué?...  Qui n te va a librar de la cárcel ante una acusaci3n por conspiraci3n e instigaci3n en un intento de homicidio o de homicidio consumado en el caso de que yo definitivamente fallezca?... Advierto tu nerviosismo... No paras de moverte de un lado a otro de la habitaci3n... Te sientes como una fiera enjaulada que desconoce su destino... Si antes deseabas mi muerte, estoy convencido de que ahora la estar s deseando con más fuerza aún... No soportar as verme despertar de este coma sabiendo que iba a



**LA PERA**  
*(Versión contada de una comedia teatral)*

Sucedió en la habitación de un hospital de la Seguridad Social en una ciudad española a principios del siglo XXI. Era un centro hospitalario donde los enfermos estaban hacinados en habitaciones de tres o cuatro camas, aunque en principio estaban proyectadas para un máximo de dos. En este caso había tres camas, pero sólo dos de ellas tenían paneles de luces y timbres en sus cabeceras. También había un armario doble empotrado en una de las paredes, y una exigua taquilla metálica individual colocada en uno de los rincones de la habitación (junto a la ventana). El resto del mobiliario lo componían tres mesillas multifunción con sus correspondientes jarras de agua y vasos y tres sillones para familiares acompañantes.

Como únicos adornos en las paredes había tres trozos grandes de esparadrapo pegados, uno sobre cada cabecera de las camas, con el número que les correspondía (1, 2 y 3). El cuarto de aseo era compartido y se encontraba justo a la entrada de la habitación, muy cerca de la cama 1. La ventana estaba frente a la puerta y tenía la persiana bajada. Las dos luces de cabecera de las camas 1 y 3 estaban encendidas. La cama 2 (la del centro) tenía acoplado un soporte metálico para el gotero, pero sin utilizar.

Las enfermas protagonistas de esta historia estaban siendo trasladadas a esa habitación en la misma mañana, casi a la misma hora. Las dos primeras en llegar, María y Petra, tenían aproximadamente la misma edad, unos cuarenta y cinco años.

Dolores, la que estaba siendo trasladada en ese instante, era más joven, en torno a los treinta. Y todo comenzó justo en el momento en que entraron a esta tercera paciente postrada en la cama, pero consciente. Las dos compañeras de habitación, incorporadas en sus respectivas camas, observaban con atención las maniobras del celador, vestido con un pijama sanitario de un blanco impecable, colocando la cama bajo el trozo de esparadrapo marcado con el número 3.

I

- ¡Ya está! ¿Quiere usted que la incorpore un poco?

- Pues sí –respondió la paciente-, se lo agradecería mucho.

El Celador buscó por la habitación esa palanca-manivela que nunca aparece por ningún lado. Finalmente salió malhumorado de la habitación mascullando:

- Hay una famosa frase que dice “se pierde más que la 10 -11”, pero sin duda hay otra más cierta aún... “se pierde más que la manivela de la cama de un hospital”. Enseguida vengo. Voy a buscar alguna en otra habitación.

Petra, la paciente de la cama 2, la del centro, esa que carecía de panel de luces y timbre, es decir, la cama que estaba de más en la habitación, intentó ser amable con la recién llegada.

- ¿Qué tal se encuentra?

- ¡Muy harta!

- Eso mismo estábamos comentando esta señora y yo justo antes de que usted entrase.

- Yo, más que harta -añadió María, la compañera de la cama 1-, estoy ya hasta las narices de este maldito hospital.

- ¿Llevan ustedes mucho tiempo aquí?
- En esta habitación llevamos sólo diez minutos.
- Yo estaba sola en la habitación de al lado –aclaró Dolores-, pero por lo visto han ingresado de golpe a tres varones y por eso me han trasladado aquí con ustedes dos. Llevo ingresada una semana, pero ha debido ser la semana más larga del año, porque a mí me ha parecido un mes. ¿Y ustedes cuánto tiempo llevan en el Hospital?
- Yo ya llevo un mes –dijo Petra-. Claro que si hacemos una regla de tres partiendo de su semana, a mí se me han hecho cuatro meses. María, con un gesto inequívoco de hartazgo apostilló:
- En estos sitios las horas y los días son muy lentos.

En ese momento regresó el Celador con cara de satisfacción enarbolando una manivela. La acopló a la cama de Dolores y comenzó a girarla.

- He tenido que buscar en cuatro habitaciones para encontrarla. Yo iré subiendo la cama hasta donde usted me diga ¿de acuerdo?...
- Así está bien, gracias.

El Celador colocó la manivela en el borde de la ventana.

- Se la dejo aquí por si la necesitan. Pero si quieren cualquier otra cosa no tienen más que llamar con el timbre.
- Eso lo dirá usted por estas dos –protestó Petra-. Porque yo, como no silbe...
- No se preocupe usted –la tranquilizó María-. Si usted necesita algo me lo dice y yo llamo a las enfermeras con mi pera.
- ¿Con qué?
- Con mi timbre, mujer. En mi casa, te toda la vida, a estos chismes siempre les hemos llamado “peras”.
- Ya me había parecido a mí una contestación un poco extraña la suya...
- ¿Alguna de ustedes sabe qué hora es? -preguntó Dolores.

- Debe andar cerca la hora de la comida, porque ya se escuchan los carros de la comida rodando por ahí.

Petra miraba hacia la puerta de la habitación colocando la mano derecha junto a su oreja derecha a modo de trompetilla.

La Enfermera Supervisora de ese ala hospitalaria, de unos cuarenta años de edad, no muy agraciada de cara y con apariencia de tener malas pulgas, entró en la habitación con una carpeta colocada en el antebrazo.

- ¡Hola María! Porque... ¿usted es María, no es cierto?

- Y Gómez por parte de padre y García por parte de madre.

- ¡Bueno, bueno! Y usted, la de la cama 2, debe ser Petra González Rodríguez...

- La misma que viste y calza. Bueno... más bien podría decir que no me visto ni me calzo desde hace un mes... o cuatro meses si echamos las cuentas por la regla de tres de esta compañera – respondió Petra señalando a Dolores.

- Y usted, Dolores... ¿se encuentra bien? –prosiguió la supervisora.

- Muy harta, pero ¿qué le vamos a hacer...?

- Muy bien, ahora les traeré la medicación que deben tomar justo antes de la comida. Si necesitan algo, llamen.

Petra socarroneó descaradamente:

- ¿Silbando o con la pera de la señora María?

- ¿A qué se refiere?

- Nada, nada, son cosas nuestras –intervino María.

- Pues hoy no estoy yo para muchos cachondeos –refunfuñó la Supervisora saliendo de la habitación.

- En todos los hospitales siempre hay alguna Enfermera con malas pulgas ¿qué culpa tendremos nosotras de que nos metan aquí como sardinas en lata en pleno siglo XXI –protestó Petra.

- No se queje usted –intentó apaciguarla María-. La Enfermera de la planta baja tiene más mala leche que cinco de éstas juntas.

- No sé, no sé...

- ¿Por cuántas plantas han pasado ustedes ya? –intervino Dolores. Ambas respondieron casi al unísono.

- Yo siempre he estado en la planta baja.

- Y yo también.

- ¿Y no se conocían?

- Pues no –dijo Petra.-

- Como allí las habitaciones son individuales... –aclaró María. Dolores comenzó a indagar.

- ¿Y cuál fue el motivo de su ingreso?

María, incorporándose aún más en su cama y desabrochándose tres botones de su camisión se apresuró a contestar.

- Yo ingresé para operarme del estómago. Tenía una úlcera sangrante. ¡Mire usted! ¡Fíjese que costurón!

Petra se escandalizó.

- ¡Qué barbaridad!

- ¡A ver, a ver! –se giró Dolores para verla mejor- ¡Vaya cicatriz!

- Antes no era tan grande –aclaró María mientras se abrochaba el camisión-, Pero a los tres días de operarme me subió la fiebre a más de cuarenta grados y no había forma de bajarla. Finalment decidieron hacerme una radiografía y se dieron cuenta de que me habían quedado dentro una gasa, que era lo que me estaba produciendo la infección. Así que tuve que ir de nuevo al quirófano para que la sacaran.

- ¿Y cómo se llama ese cirujano? -se interesó Dolores-. Más que nada... lo digo por si algún día tuviese que operarme del estómago...

- Ahora mismo no me acuerdo –respondió María con un gesto de indiferencia.

- Supongo que habrá presentado usted la oportuna demanda en el Juzgado –intervino Petra.
- Por supuesto que sí. Pero aún no se ha celebrado el juicio de esa primera demanda.
- ¿Primera? ¿Es que ha presentado usted más demandas?
- Otra más. Porque cuando ya me estaba recuperando de la segunda intervención, la que me practicaron para extraerme la gasa, en uno de los análisis de rutina detectaron algo raro.
- ¿Algo raro? –preguntó Petra desconcertada.

La Supervisora interrumpió la conversación al entrar muy diligente con tres vasitos de medicación para dárselos a cada paciente.

- Éste para la cama nº 1... Este otro para la cama nº 2... y éste para la cama nº 3. Tienen que tomarse todas esas pastillas justo antes de comer ¿de acuerdo?

María revisó las pastillas y exclamó:

- ¡A mí me falta la roja!

A lo que Petra añadió:

- Y a mí me falta la verde.

- Pues esas son las que hay anotadas en las hojas de medicación – sentenció la Supervisora al tiempo que salía de la habitación.

María, con una extraña sonrisa en sus labios se giró hacia Dolores.

- Pues si a usted le faltase una de color ámbar, nos habrían suprimido un semáforo completo.

Las tres pacientes rieron a carcajadas mientras colocaban la medicación en sus respectivas mesillas.

- Pues, como les iba diciendo –continuó María-, ese “algo raro” que observaron en los resultados de los análisis, me dijeron que se trataba de un virus de esos nuevos. De esos que ningún especialista conoce todavía.



- Pues de esos aparecen muchos ahora, de ven en cuando –comentó Dolores.

- A mí me tenían muy preocupada.

- ¡Cómo para no estarlo! –exclamó Petra.

-Durante varios días me hicieron un montón de radiografías, ecografías, análisis...

Dolores ya estaba muy intrigada.

- Y al final... ¿de qué virus se trataba? ¿era infeccioso?

- ¡Y tan infeccioso! Después de una semana de incertidumbres, me dijeron que todo había sido un error producido por un virus informático que había infectado el ordenador del laboratorio.

- ¡Madre mía!

Petra, ignorante en asuntos de informática, preguntó cándidamente:

- ¿Pero es que los ordenadores también se infectan con virus?

- ¡Sí señora, sí! –apuntilló María-. Pero los ordenadores tienen una ventaja, que ellos no se mueren porque no tienen vida, pero a mí casi me matan del susto. Todo ese tiempo que me tuvieron en vilo me provocó una depresión psicológica, de la cual llevo más de dos meses intentando recuperarme.

- ¿Pero en manos de quiénes estamos? ¡Por Dios! –se escandalizó Petra.

- ¡Claro! Y ese debe ser el motivo por el que usted ha cursado la segunda demanda ¿no? –dedujo Dolores.

- ¿No le parece a usted motivo suficiente?

Un carro lleno de bandejas de comida se detuvo junto a la puerta de la habitación y una Auxiliar de Enfermería entró saludando jovialmente a las tres pacientes y colocando las bandejas en cada una de sus mesillas.

- ¿Qué? ¿Cómo se encuentran ustedes?

- Yo... ¡muy desconfiada! –murmuró Dolores.

- Pues hoy la comida tiene una pinta estupenda. Caldito, filetes de pechuga, menestra, zumo de naranja y fruta del tiempo, hoy concretamente hay pera –informó sonriente la Auxiliar.

María gruño descontenta con el menú.

- ¡Vaya novedad!

- ¡Bueno! Aunque se repitan más que el ajo, al menos la comida no está tan mal –replicó Petra.

- ¡Con las ganas que tengo yo de hincarle el diente a un buen par de huevos fritos con chorizo! –dijo Dolores relamiéndose los labios.

- Esas comidas son muy pesadas –comentó la Auxiliar.

- Más pesada es una deuda si no puedes pagarla –dijo María.

- ¡Venga! ¡Venga! ¡Coman ustedes! Y que les aproveche. ¡Ah! Y cuando hayan terminado pulsen el timbre –dijo sonriente la Auxiliar mientras salía de la habitación.

María, con un extraño tono de voz, exclamó:

- ¡Con lo que les joroba que los enfermos las molesten, hay que ver lo que insisten en lo del puñetero timbre!

- ¿Y la pera? –se preguntó Dolores.

- ¡Qué más da decir timbre que pera!

- ¡No! –insistió Dolores- Lo que quiero decir es que dónde está mi pera. La del postre. No hay ninguna en mi bandeja.

Petra, riéndose a carcajadas, le aconsejó:

- Pues pulse usted su pera del cabecero de su cama para que le traigan la pera del postre...

Dolores pulsó el timbre y mientras comía se interesó por Petra.

- ¿Y a usted por qué la ingresaron?

- Lo mío ha sido peor aún que lo de la Sra. María.

- ¿Peor aún?

Petra desabrochó dos botones de su camisón y le mostró el cuello y el hombro llenos de hematomas.

- ¡Sí hija, sí! Yo ingresé medio muerta por una soberbia paliza que me dio mi marido. ¡Mire! ¿Lo ve?
- ¡Qué bestia! –exclamó Dolores.
- ¡A ver! ¡a ver! –se giró María.
- ¡Mire! ¡mire!
- ¡Qué bruto!

En ese instante entró la Supervisora muy acelerada y, con un tono de voz muy antipático, preguntó:

- ¿Quién ha llamado?
- He sido yo –contestó Dolores.
- ¿Qué le duele?
- Pues verá usted... la pera...

Petra y María rompieron a reír escandalosamente.

La Enfermera Supervisora estaba desconcertada.

- ¿La pera?

Dolores señaló el hueco del postre en la bandeja de la comida.

- Lo que quiero decir es que me falta la pera, la del postre.

- ¿Seguro que no venía en la bandeja?

María cambió radicalmente su carcajada y exhibió un tono de voz exento de toda respetuosidad.

- ¡Acaso cree usted que a nosotras nos gusta molestar!

- Espero que no –gritó la Enfermera-, porque tanta pera... tanta pera... me suena ya a un poco de cachondeíto.

- ¡De cachondeo nada! –gritó aún más fuerte María-. La auxiliar dijo que hoy había pera de postre y en la bandeja de Dolores no venía ninguna pera... ¿O acaso cree usted que nosotras somos ladronas de peras?

- ¡Bueno! ¡Bueno! –se amedrentó la Supervisora-. Le diré a la Auxiliar que traiga otra pera para Dolores.

María insistió infundiendo un tono aún más socarrón a su voz.

- Otra no. La que no venía en su bandeja... ¿o no me ha escuchado decirle que nosotras no somos ladronas de peras? ¡Ah! Y no se preocupe usted Enfermera Jefa, que nosotras procuraremos pulsar la pera lo menos posible para no molestar.

-Eso espero –susurró intimidada la Supervisora saliendo de la habitación.

María seguía muy alterada.

- ¡Vaya una Enfermera incompetente! Pues a mí que no me toque mucho las narices. Ésta no sabe todavía cómo me las gasto yo.

Petra intervino intentando apaciguar los ánimos.

- ¡Tranquilícese mujer! Tendrá un día de esos malos, la pobre.

- Aquí los únicos que tenemos derecho a tener días malos somos los enfermos. Si no sirven para esto que se vayan a fregar escaleras ¡Estaría bueno!

Por unos momentos, mientras masticaban la comida, se hizo un breve silencio. Pero Dolores, inmediatamente, atenazada por la curiosidad, retomó la conversación anterior.

- Continúe usted, Sra. Petra. Lo que nos contaba usted antes acerca de su marido me tiene muy intrigada.

- Pues, como les iba diciendo, de estos hematomas tengo lleno todo el cuerpo. Lo único que no me tocó fue la cara, pero no porque no lo intentara, sino porque yo me la tapé con las manos y no consentí que me la marcara.

- ¡Qué barbaridad! Supongo que lo habrá denunciado ¿no? –se interesó María ya más calmada.

- Por supuesto. A él y al hospital también.

- ¿Al Hospital? ¿por qué? –se extrañó Dolores.

- ¡Sí hija, sí! Al día siguiente de ingresar vino a verme la Asistente Social acompañada de un Psicólogo. Me dijeron que el Hospital

había informado al Juzgado del motivo de mi ingreso y del alcance de mis lesiones. También me dijeron que el Juez había dictaminado que tenía que esperar a que me diesen el alta para tomarme declaración. Pero en aquel momento yo ya tenía las cosas muy claras. No era la primera vez que mi marido me maltrataba, aunque las otras veces no fue necesario acudir a ningún hospital, porque yo sola pude curarme las heridas. Pero aquel día había colmado el vaso. Así que les dije que yo no podía esperar a que me diesen el alta, que quería presentar una demanda contra mi marido aquel mismo día y que estaba dispuesta a solicitar del juez una orden de alejamiento para que mi marido no pudiese acercarse a mí, al menos hasta el día en que se celebrase el juicio.

El rostro de Dolores comenzaba a teñirse de susto.

- ¿Tanto miedo le tenía usted a su marido?

- ¡Miedo no, pánico! Tenían que haber visto ustedes los ojos con los que me miraba mientras no paraba de golpearme con todo lo que tenía a mano, con la baba humedeciendo su barba por las comisuras de su boca, igual que un lobo rabioso.

- ¡Debió ser un momento terrible! –exclamó María al tiempo que, sin querer, golpeó con su mano la pera del postre de su bandeja haciéndola caer al suelo.

La Auxiliar de Enfermería, con su sonrisa habitual, entró en ese momento en la habitación portando una pera en una mano.

- ¿A quién le faltaba la pera?

- A mí.

- Y a mí.

- Y a mí.

- A mí me han dicho que faltaba sólo una.

- A mí me falta mi pera, la del postre –dijo Dolores.

- A mí se me ha caído mi pera, debe estar por ahí – indicó María señalando el suelo junto a su cama.

- Y a mí me falta la pera del timbre –volvió a quejarse Petra.

- Lo siento señora Petra, pero ese problema no puedo resolverlo yo –dijo la Auxiliar mientras recogía y limpiaba con una servilleta de papel la pera del suelo de la señora María y le entregaba la otra pera a Dolores.

Petra respondió con voz lastimosa.

- Ya lo sé hija. Pero me siento tan marginada sin pera y sin luz...

La Auxiliar intentó animarla.

- No se preocupe usted señora Petra, A usted y a la señora María muy pronto las llevarán de nuevo a sus habitaciones. Ya saben que están aquí sólo provisionalmente. Pero ahora sigan comiendo y cuando hayan terminado no olviden pulsar el timbre... o la pera, como ustedes prefieran.

Dolores se mostraba muy intrigada.

- ¿Qué les ha querido decir con lo de “provisionalmente”?

- No sé, no sé –respondió María-. Como aquí nos llevan de un sitio a otro sin preguntar...

Acrecentada su curiosidad, Dolores retomó la conversación que venían manteniendo momentos antes de la llegada de la Auxiliar.

- ¡Sra. Petra! Yo lo que aún no entiendo es por qué ha demandado usted al Hospital.

- ¡Pues escuchen ustedes! Aquél mismo día, la Asistente Social me hizo firmar unos documentos para solicitar urgentemente del Juzgado un abogado de oficio, y así, cuanto antes, obtener la orden de alejamiento. Pero dos semanas después, estando yo sola en la habitación, se presentó mi marido a verme. Venía un poco bebido, pero muy sumiso y con ánimo de que le perdonase, igual que hacía siempre después de haberme pegado. Yo le dije que se fuera, que no quería volver a verlo nunca más.

Dolores la escuchaba sin pestañear.

- ¿Y qué pasó? ¿se enfadó mucho?

- Mucho no... ¡muchísimo! Pero lo peor de todo fue cuando le dije que lo había demandado por malos tratos y que iba a pedir la orden de alejamiento. Fue entonces cuando montó en cólera, cogió el soporte metálico del gotero y empezó a golpearme sin compasión. Cuando pude pedir socorro, él ya se había ido. Además de numerosas contusiones por todo el cuerpo, me rompió la tibia, el peroné y la rótula –explicó señalando su pierna izquierda escayolada.

María se llevó las manos a la cabeza escandalizada.

- ¡Qué bestia!

Los músculos de Dolores estaban tan tensos que no podía pronunciar palabra. Petra prosiguió con su relato.

- A la mañana siguiente volvió a verme el Psicólogo. Yo le pregunté por la Asistente Social y por mi solicitud al Juzgado. Él me dijo que la Asistente Social había caído enferma el mismo día que había venido a verme dos semanas antes, con una gripe que estaba tardando en curar más de lo previsto, y, por ese motivo, los documentos estaban aún sin tramitar.

- ¡Qué poca vergüenza! –se indignó María.

- Dos días más tarde vino a verme un abogado de oficio. Yo le dije que quería demandar a mi marido por malos tratos y al hospital por negligencia.

Dolores aplaudió entusiasmada.

- ¡Muy bien hecho!

María comenzaba a impacientarse por conocer el final de tanta desgracia.

- ¿Y qué le dijo el abogado?

- Pues que estaba en mi perfecto derecho de hacerlo. Me hizo un montón de preguntas y me dijo que no me preocupase de nada, que

él se encargaría de que condenasen a la Seguridad Social al pago de una suculenta indemnización por daños y perjuicios.

María, redoblaba su agitación por conocer más detalles.

- Y de su marido... ¿qué le dijo?

- Pues ahora que me lo pregunta usted, lo cierto es que no recuerdo que dijera nada.

- ¡Claro! ¡Estos abogados son como buitres carroñeros!

Dolores se quedó descolocada tras ese último comentario de María.

- ¿Qué quiere usted decir?

- Pues que a los abogados les interesa mucho más un pleito contra toda una Seguridad Social que un juicio de tres al cuarto por malos tratos. Ellos sólo buscan su fama y su prestigio. Y eso sólo se consigue ganando pleitos que tengan mucha repercusión social.

- Pues en este caso –apuntó Dolores-, los malos tratos y la negligencia de un hospital, son dos motivos que, si además van juntos, tienen mucha repercusión social.

Petra mostró vagamente cierta vanagloria en su desgracia.

- ¡Y tanto! ¡Casi todos los días vienen a verme periodistas y fotógrafos de todos los periódicos...!

- Pues se estará usted haciendo muy famosa... –intentó animarla Dolores.

- No lo sé, porque como yo nunca leo los periódicos ni las revistas...

María, con un gesto de cansancio, apartó la mesilla con su bandeja de comida hacia un lado de la cama.

- ¡Bueno! Yo ya no voy a comer nada más. Con la pera doy por concluido mi almuerzo.

Dolores imitó a María.

- A mí, con estas historias, se me ha quitado hasta el apetito.

- Pues, al menos, cómase usted la pera, porque después de haber molestado a la Enfermera con la pera para que le trajeran la pera, si



ve que no se la ha comido, la vamos liar otra vez –le aconsejó Petra apartando igualmente su bandeja.

Dolores obedeció inmediatamente. Procedió a pelar su pera con el cuchilló y se la comió de cuatro mordiscos.

- Tiene usted mucha razón. ¡Con lo alterada que está hoy la Supervisora...!

María apagó la luz de cabecera de su cama y adoptó una postura cómoda para dormir.

- Si a ustedes no les importa, yo voy a echar un sueñecito.

Petra bostezó y se recostó sobre la almohada.

- Y yo también. Hoy estoy muy cansada.

- ¿Les molesta esta luz? ¿Quieren ustedes que la apague? –preguntó Dolores.

- ¿Es que usted no va a echarse una siestecita?

- Pues sí, ahora que lo dicen, voy a intentar dormir un rato. ¡Que descansen!

Dolores apartó su bandeja y apagó la luz del cabecero de su cama. La habitación quedó tenuemente iluminada por la luz que entraba desde el pasillo.

Petra se acomodó en la cama y cubrió sus hombros con la sábana.

- Dolores, no olvide usted que hay que pulsar la pera para que vengan a recoger las bandejas de comida.

- ¡Es verdad! Después de tanto nombrarla, había olvidado pulsar la pera.

Dolores extendió su brazo y pulsó el timbre. Al poco tiempo dormían las tres. La Auxiliar de Enfermería no tardó en llegar y, aprovechando la suave luz que entraba por la puerta desde el pasillo, sin hacer ruido retiró las bandejas de la comida saliendo de la habitación y dejando la puerta entornada.

## II

Una hora y media después, la luz de cabecera de María estaba encendida, pero la cama estaba vacía. Petra y Dolores seguían durmiendo. Se escuchó el ruido de la cisterna del inodoro al tiempo que se abrió sigilosamente la puerta del cuarto de baño. María salió abrochándose la bata, cogió una revista que tenía guardada en el cajón de su mesilla y se sentó en su sillón de acompañante. Actuaba muy silenciosamente para evitar despertar a sus compañeras de habitación. Cuando iba a iniciar la lectura de la revista entró la Enfermera Supervisora y encendió todas las luces de la habitación desde el interruptor de la entrada. Traía en una mano un frasco con muchos termómetros y hablaba con voz muy alta.

- ¡Bueno! Es la hora de tomar la temperatura.

María, llevándose el dedo índice de su mano derecha a los labios, la recriminó.

- Psss... ¿No ve usted que aún están dormidas?

La supervisora, con gesto dominante, no bajó el volumen de su voz.

- Las normas y los horarios son las normas y los horarios.

- ¡Qué mala leche tiene esta enfermera! –susurró María.

La supervisora subió la persiana de la ventana tirando fuertemente de la cinta.

- ¡Con un día tan soleado y ustedes están con la persiana hasta abajo todo el día!

María, muy enfadada, elevó el tono de su voz.

- Nosotras estamos como nos tienen ustedes.

Dolores se incorporó en su cama desperezándose.

- ¿Qué hora es?

La enfermera comenzó a repartir los termómetros.

- Pronto será la hora de la merienda. Pónganse ustedes estos termómetros porque dentro de un momento pasaré a recogerlos – ordenó saliendo de la habitación al tiempo que apagaba las luces desde el interruptor de la entrada. La luz del sol entraba a raudales por la ventana.

Petra se despertó muy malhumorada y se colocó el termómetro en una axila.

- Esta enfermera imbécil me ha despertado justo en el mejor momento de mi sueño.

- ¡Yo ya la tengo un asco...! –refunfuñó María.

A Dolores se le ensanchaba su curiosidad por cada comentario de sus compañeras de habitación.

- ¿Y qué sueño era ese tan bonito señora Petra?

- Soñaba que mi marido venía a verme llorando y se hincaba de rodillas junto a mi cama pidiéndome perdón y ofreciéndome un enorme ramo de rosas rojas y blancas...

María soltó una carcajada.

- ¿No será del Atlético de Madrid?

- ¡Deje usted que termine - instó Dolores-, que quiero escuchar el final! ¡continúe señora Petra! ¿y se reconciliaban? ¿era ese el mejor momento de su sueño?

- ¡No hija, no! El mejor momento de mi sueño, justo cuando me ha despertado la idiota de la Enfermera, era cuando yo me disponía a atizarle con el soporte del gotero en su puñetera cabeza.

Las carcajadas de las tres pacientes propiciaron un rápido movimiento de sus manos hacia sus respectivas axilas sujetándose los termómetros por miedo a romperlos.

- Así pues –prosiguió Petra-, por culpa de la enfermera, me he quedado con las ganas.

- Mejor será que rece usted para que su marido no vuelva por aquí – sugirió María.

- Mientras esté acompañada no vendrá. Sólo lo haría si estuviese sola. Todo lo malo que me ha ocurrido con él ha sido siempre estando a solas.

El ruido de los carros rodando por los pasillos llegaba hasta la habitación.

Dolores desveló su apetito.

- Parece que ya nos traen la merienda.

Otra Auxiliar de Enfermería, muy joven y tan simpática como la del turno de mañana, entró sonriente en la habitación.

- ¡Buenas tardes! ¿qué van a merendar ustedes? ¿leche, yogurt o zumo?

María no dudó un instante en su elección.

- ¿No tendría usted una pera? La que me comí este mediodía estaba buenísima.

- ¡No señora! Sólo leche, yogur o zumo.

- Pues me da usted un yogur... pero que sea de pera.

- Y ustedes... ¿qué van a tomar?

Petra prefería algo líquido.

- A mí me da un zumo, por favor.

- Y a mí también –añadió Dolores.

- ¿De qué lo quieren?

- Pues ya que va el asunto de pera... tráigamelo de pera.

- Y a mí también de pera, por supuesto –sentenció Dolores.

La Auxiliar de Enfermería, con cara de extrañeza, salió de la habitación al tiempo que entraba la enfermera supervisora con un bloc en una mano, y un bolígrafo en la otra. Muy acelerada les pidió los termómetros a las tres pacientes y anotó las temperaturas en la hoja de incidencias.

- ¿Qué? ¿Ya han decidido qué van a merendar? –preguntó intentando ser amable.

La Auxiliar, que regresaba en ese momento con el yogur, la cucharilla y los vasos de zumo en las manos, se anticipó en la respuesta.

- ¡Sí! No ha sido muy difícil. Yogur de pera...zumo de pera ... y otro zumo de pera.

La supervisora no pudo evitar la exclamación.

- ¡ No... si... hoy el día va de pera!

- ¿Acaso le molesta? –replicó María-. Porque... que yo recuerde, desde este mediodía aquí nadie ha vuelto a pulsar la pera para molestar a nadie.

- Y espero que la pulsen lo menos posible, porque hoy llevo un día...

- ¿Hoy sólo...? –insinuó Petra irónicamente.

A la enfermera supervisora se le desataron los nervios.

- ¡Sí señora! Resulta que esta mañana se ha puesto enfermo el enfermero de tarde y no ha avisado hasta última hora, así que no he tenido tiempo de avisar a ningún sustituto y me ha tocado la china teniendo que doblar turno. Y además, esta tarde tan sólo cuento con una Auxiliar para toda la planta, precisamente hoy tenemos las habitaciones con más camas que nunca. Y por añadidura, con enfermas de otras unidades, como es el caso de ustedes dos – señalaba a María y a Petra-, por causa de las dichas lluvias de estos días pasados y de las puñeteras humedades.

- Pero ese no es nuestro problema –gritó María.

- Ya lo sé. Pero procuren molestar lo menos posible. Enseguida vuelvo con la medicación.

La Supervisora salió sin esperar respuesta y un espeso silencio inundó la habitación. María, sentada en el sillón, terminó su yogurt y comenzó a ojear la revista. Petra apuró su zumo y se tumbó en la cama mirando hacia la ventana. Y Dolores, con cara de asustada,

terminó de beber su zumo, se levantó de la cama. Andaba con cierta dificultad, con las piernas separadas, como si estuviese escocida. Entró en el cuarto de aseo y cerró la puerta.

Petra, a solas con María, rompió el viscoso silencio con un tono de voz melancólico y cargado de nostalgia sin dejar de mirar hacia el exterior a través de los cristales de la ventana.

- Hoy debe estar la tarde preciosa ¿verdad?

María dejó la revista sobre la cama y anduvo hasta la ventana. Su voz balbuceaba igualmente afligida y taciturna.

- Hacía mucho tiempo que no veía la calle. Ya casi había olvidado cómo son las flores. ¡Ese jardín de ahí abajo está precioso!

- ¡Cuánto me gustaría poder levantarme para verlo! –gimió Petra.

En ese momento regresaba la Auxiliar de Enfermería para recoger los enseres y restos de la merienda. María, sin dejar de mirar por la ventana le preguntó:

- ¡Oiga señorita! ¿Podría decirme qué día es hoy?

- ¡Sí señora! -contestó la Auxiliar infundiéndole un aire festivo a su voz-. Hoy es domingo, día 6 de Mayo, es el día de las madres... ¿tienen ustedes hijos?

Petra continuó mirando fija hacia la ventana y guardó silencio. María pegó la frente en los cristales y sin perder de vista el jardín hizo igualmente caso omiso a la pregunta. La Auxiliar de Enfermería se encogió de hombros y salió de la habitación al tiempo que se escuchaba el ruido de la cisterna del inodoro. Dolores salió del cuarto de aseo para volverse a acostar en su cama.

- Pues sí que estaba bueno ese zumo de pera. Hacía tiempo que no probaba uno igual.

María se alejó de la ventana y volvió a sentarse en el sillón.

- Y, por lo visto, le ha venido bien para mover el vientre.

- Pues la verdad es que sí. Me he quedado muy a gusto –apostilló Dolores mientras se arropaba.

La Enfermera Supervisora regresó con dos vasitos de plástico cargados de pastillas de distintos colores y se los entregó a María y a Petra.

- Aquí tienen ustedes su medicación

- ¿Y para mí no hay nada? –preguntó Dolores.

- En su hoja de tratamiento, para hoy, sólo he visto prescrita una cápsula al mediodía y otra por la noche.

- Pues ayer me dieron una pastilla por la tarde...

- Eso sería ayer. De todas formas lo comprobaré –comentó la Enfermera mientras salía.

Petra, muy agitada, comprobaba los colores de sus pastillas.

- ¡Vamos a ver!... La azul... la rosa... ¿y la gris?... ¡Me la han cambiado por una blanca!

- Pues sí señora. A mí también me la han cambiado –comentó María. Dolores intentó tranquilizarlas.

- A lo mejor es que están ustedes mejorando. Quizás pronto les den el alta.

María exclamó contundente.

- ¡Qué inocente es usted!

- ¿Inocente? ¿por qué? –insinuó Petra-. Es posible que Dolores tenga razón. Recuerde que este mediodía le han suprimido a usted la pastilla roja... y a mí la verde.

- ¡Háganme caso! Yo ya llevo aquí suficiente tiempo como para saber por donde van los tiros.

El desconcierto en Dolores se iba haciendo proporcional al tiempo que iba transcurriendo junto a aquellas dos compañeras de habitación.

- ¿A qué se refiere usted?

María las retó con cierto aire de solemnidad

- Les apuesto lo que quieran a que muy pronto el médico que nos está atendiendo tendrá que ausentarse durante unas jornadas para asistir a algunas conferencias o a algún congreso. Pero, eso sí, en alguna isla con playas paradisíacas, por supuesto.

Dolores, aún más aturdida, no entendió la apuesta.

- ¿Y que tiene que ver el color de las pastillas con los viajes de los médicos a las playas paradisíacas?

- Pues claro que tiene que ver. Algún laboratorio farmacéutico que comercializa las pastillas blancas, en vez de grises, se hará cargo de todos los gastos de ese viaje

Petra desconfiaba de semejante deducción.

- ¿Y por eso nos cambian la medicación?

María se giró hacia Petra mostrándole entre sus dedos una de las pastillas.

- ¡No! Probablemente esta blanca tenga la misma composición que la gris, sólo que son de distinto laboratorio farmacéutico.

- O sea, que no significa que usted y yo estemos mejor, ni que nos vayan a dar pronto el alta ¿no es cierto?

- ¡No señora, no! Quien va a estar mucho mejor que nosotras dentro de unos días será el médico... ¡seguro!

Dolores no estaba muy de acuerdo con las explicaciones de María.

- Pues a mí me parece muy bien que los médicos vayan a aprender técnicas y tratamientos nuevos a sitios con playas paradisíacas o adonde sea, sin que le cueste dinero a la Seguridad Social.

- La financiación económica de esos viajes es otro cantar –replicó María-. Porque no creo yo que los laboratorios farmacéuticos regalen viajes sin ton ni son.

- ¡Claro! Ahora comprendo por qué los medicamentos son tan caros –dedujo Petra.



- A la larga, esos viajes, conferencias y congresos no los pagan los laboratorios, los paga la Seguridad Social, que, a fin de cuentas, es como decir el sufrido contribuyente.

Dolores intentaba mantener firmes sus argumentos.

- Pues, aún así, a mí me sigue pareciendo muy bien que los médicos vayan a esos congresos para ampliar sus conocimientos y poder atender mejor a sus pacientes.

María desistió de abundar más en el asunto.

- Viéndolo desde ese punto de vista tiene usted razón, siempre que esta pastilla blanca sea igual que la gris... o mejor.

Petra se tomó sus pastillas y miró a Dolores.

- ¿Podría usted pulsar la pera? Tengo que ir al aseo y necesitaré que me ayuden.

- ¡Sí señora! ¡Cómo no!

- Por cierto, Dolores –se interesó María-. Aún no nos ha dicho usted el motivo de su ingreso. Antes, cuando ha entrado usted en el cuarto de aseo, me he fijado que andaba con cierta dificultad.

Dolores giró la cabeza repentinamente con la cara muy seria, como acartonada, miró hacia la ventana y dudó antes de contestar.

- ¡Bueno! ¡Verán! Lo mío es mucho peor aún que lo de ustedes.

Petra miró a María con los ojos muy abiertos. Luego se giró hacia Dolores.

- ¿Mucho peor? ¡ni que la hubiesen violado...!

Dolores rompió a llorar desconsoladamente. María se levantó del sillón y se acercó a ella ofreciéndole unos pañuelos de papel que llevaba en el bolsillo de su bata.

- ¡Cálmese mujer! ¡cálmese!

Dolores no paraba de llorar. Petra estaba muy afligida.

- ¿No me diga usted que he acertado?

María llenó el vaso de Dolores con el agua de la jarra.

- ¡Cálmese! ¡beba un poco mujer!

La joven asintió y bebió un sorbo.

En ese instante entró la Enfermera Supervisora muy malhumorada con unos guantes muy sucios enfundados en sus manos y con las mangas de la bata remangadas hasta los codos.

- ¿Se puede saber quién ha llamado ahora?

- Yo –respondió Petra-. ¡Bueno! Yo no, porque no tengo pera. Ha llamado Dolores, pero porque yo se lo he pedido.

- ¿Y qué quiere usted ahora? ¿No me habrá llamado sólo para decirme que quiere pera de postre para la cena? Porque hoy estoy ya de peras hasta la mismísima pera.

Petra, afectada por la ansiedad que había provocado en Dolores su comentario respecto al supuesto motivo de su ingreso, no pudo reprimirse ante la actitud de la Enfermera y esgrimió su tono de voz más beligerante.

-Pues no, no la he llamado para eso. Pero ya que lo menciona... sí, me apetece pera para el postre de la cena... Así que, si fuese usted tan amable, ya puede ir encargando una pera para mí... ¡Ah! Y mis compañeras también quieren pera... ¿verdad que ustedes también quieren pera de postre para la cena?

- Sí, sí, por supuesto, nosotras también queremos pera –asintió María sin girarse mientras ayudaba a Dolores a recostarse sobre la almohada.

La Enfermera cambió de actitud y el semblante de su cara al apercibirse del gesto de sufrimiento en el rostro de la joven paciente.

- ¿Le ocurre a usted algo Dolores? ¿Quiere que avise al médico?

- No creo que sea necesario –matizó María-. Se puso un poco nerviosa pero ya está mucho más tranquila... ¿verdad que sí?

Dolores no respondió. Tenía la cara como petrificada y la mirada fija en los cristales de la ventana.

La Enfermera retomó su airado tono de voz dirigiéndose a Petra.

- ¡Bueno!¿Me dice usted qué es lo que quiere o no? Hay un enfermo en la habitación de al lado que tiene el vientre suelto y ha puesto la cama perdida; y tengo que ayudar a la Auxiliar, así que no estoy para bromas.

- La he llamado porque preciso ir al inodoro, pero como tengo la pierna escayolada necesito que me ayuden.

La Enfermera se quitó los guantes y entró en el cuarto de aseo para salir inmediatamente con una cuña de plástico en la mano.

- Pues lo siento mucho pero tendrá que hacerlo sin levantarse de la cama, ahora mismo no tengo ni tiempo ni personal para ayudarla.

- Pero... es que yo... en la cuña no soy capaz de hacerlo.

- Ya verá usted como sí puede. Y cuando haya terminado avise – insistió la Supervisora entregándole la cuña y saliendo de la habitación.

Petra fuera de sí estrellando la cuña contra el suelo.

- ¡Esta Enfermera imbécil se cree que voy a hacer lo que ella diga!

María intentaba reprimirse el estado de excitación que comenzaba a atenazarla ante tanto desasosiego en la habitación.

- Se está usted poniendo muy nerviosa y al final va a conseguir ponerme nerviosa a mí también.

Petra estaba excesivamente excitada e intentaba levantarse con movimientos torpes.

- ¿Pero es que se va a quedar usted ahí mirando? ¿Es que no piensa ayudarme?

María se dirigió hacia la puerta de la habitación y, antes de desaparecer por el pasillo, le contestó con un tono de voz disimuladamente sosegado.

- No creo que deba usted levantarse y tampoco es mi obligación ayudarla. Lo de la cuña, a mí personalmente, no me parece tan mala idea, así que me voy a dar un paseo para ver si me tranquilizo.

Petra, sentada ya en la cama con las piernas colgando, pretendía levantarse mientras bramaba con el rostro encolerizado.

- ¡Maldita sea! ¡Ojalá me caiga y me mate! ¡Maldito autobús! ¿Por qué no iría más deprisa?

Ya con los pies en el suelo, apoyada en el borde de la cama, lloró desconsolada mirando fijamente hacia la puerta del cuarto de aseo y comenzó a andar muy torpemente.

Mientras tanto, Dolores seguía con la mirada fija en los cristales de la ventana, ausente de todo cuanto sucedía en la habitación.

### III

Varios minutos más tarde, Petra, muy enrabiada, había conseguido finalmente llegar hasta el cuarto de aseo cerrando la puerta tras de sí. Dolores seguía como ensimismada mirando fijamente a través de los cristales de la ventana. Un señor de unos cuarenta y tantos años, con vestimenta elegante pero desenfadada, entró en la habitación. No llevaba corbata, tenía barba, y su pelo, sin llegar a ser melena, era bastante largo. Entró muy despacio y carraspeó desde la puerta para llamar la atención de Dolores. Ésta, saliendo de su ensimismamiento y girando instintivamente la cabeza hacia el recién llegado, dio un respingo en la cama y gritó asustada.

- ¿Quién es usted?

- Perdón señorita –dijo el recién llegado muy educadamente- ¿No está ingresada en esta habitación la señora Petra González...?

Dolores gritó aún más fuerte, casi al borde de la histeria.

- ¡Socorro! ¡Socorro!
- ¡Tranquila señorita! ¿Qué le ocurre?
- ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Socorro!

La Enfermera Supervisora y la Auxiliar de Enfermería, que habían escuchado los chillos desde la estación de enfermería, entraron corriendo en la habitación.

- ¿Qué ocurre aquí?... ¿Quién es usted? –se interesó la Supervisora. Dolores gritaba desaforada ya completamente histérica.

- Es el marido de la señora Petra. Seguro que ha vuelto para darle otra paliza... ¡tengan cuidado! ¡es muy peligroso!

- ¿Quieren ustedes tranquilizarse, por favor? –dijo calmadamente el extraño recién llegado.

La Auxiliar que, entretanto, había abierto la puerta del cuarto de aseo buscando a las otras dos pacientes, vio dentro a la señora Petra tendida en el suelo con la cabeza rodeada de sangre.

- ¡Dios mío! ¡Dios mío!

- ¿Qué pasa? –gritó la Enfermera.

- ¡Dios mío! ¡la han matado! –respondió la Auxiliar llevándose las manos a la cabeza.

La Supervisora entró inmediatamente en el cuarto de aseo.

- ¡A ver! ¡apártate!... ¡madre mía! ¡corre! ¡avisa al Cirujano o al Traumatólogo de guardia!

La Auxiliar salió corriendo de la habitación y el desconocido se acercó rápidamente a la paciente que estaba inconsciente tendida en el suelo.

- ¡Apártese usted, soy Médico! –ordenó a la Enfermera.

Dolores se mantenía en su estado de histerismo.

- ¡No se fíe! ¡Seguro que quiere rematarla para que no diga nada! ¡Tenga cuidado! ¡Tenga cuidado!...

- ¿Pero quién es usted? ¡Identifíquese de una vez! –le exigió la Supervisora.

El Médico no atendió la exigencia de la Enfermera.

- ¡Aún está viva! Tráigame urgentemente agua oxigenada, yodo, gasas, guantes estériles, puntos de sutura, ...

- Traeré el carro de curas completo –dijo la Enfermera mientras salía corriendo de la habitación.

Dolores estaba al borde de un ataque de nervios. Intentaba refugiarse tras la sábana y la colcha de su cama.

- ¡No se vaya, por favor! ¡No me deje sola con este energúmeno! ¡Socorro! ¡Socorro!

El desconocido salió del cuarto de aseo con la señora Petra en sus brazos y la tumbó en su cama, donde observó que se encontraba el soporte del gotero. La paciente seguía inconsciente. Tenía una herida en la frente y la cara ensangrentada.

Dolores no paraba de gritar refugiada tras la colcha y la almohada, engurruñada en su cama.

- ¡Socorro! ¡Auxilio!

- ¡Cállese de una vez! Yo soy el Dr. Ramírez y no el marido histérico de nadie –se identificó finalmente el desconocido mientras le tomaba el pulso a la Sra. Petra. Luego extrajo del bolsillo de su chaqueta una linterna tipo bolígrafo y procedió a estudiar sus pupilas. Después miró a Dolores.

- ¡Dígame usted que a pasado aquí! Porque... ¿usted estaba en la habitación? ¿no es cierto?

- Yo no sé nada. Yo no sé nada –repetía Dolores acurrucada tras la almohada.

- ¿Cómo que no sabe nada? ¿acaso es usted ciega y sorda? –insistió el médico despojándose de la chaqueta.

- Yo sólo miraba por la ventana. Yo no sé nada. Yo no sé nada...

En ese momento regresó la Enfermera portando el carro de curas y acompañada por la Auxiliar de Enfermería.

- ¡Ya era hora! ¡Vaya usted limpiando y desinfectando la herida y luego tómele la tensión –ordenó a la Enfermera el Dr. Ramírez mientras éste procedía a enfundarse unos guantes estériles.

La Supervisora obedeció inmediatamente, al tiempo que se apercibió de la ausencia de la paciente de la cama 1.

- ¿Dónde está la señora María?

- Pues... no lo sé –se encogió de hombros la Auxiliar.

La Enfermera terminó de desinfectar la herida.

- ¡Dolores! ¿dígame dónde está la señora María?

- Yo no sé nada. Yo no sé nada –insistía la joven agazapada en su cama.

La Enfermera miró a la Auxiliar sin ocultar su nerviosismo.

- ¡Avisa a los guardias de seguridad y a los celadores de puerta! ¡Que localicen a la señora María inmediatamente!

La Auxiliar de Enfermería salió corriendo por el pasillo.

El Dr. Ramírez acabó de enfundarse los guantes.

- ¡Bien! ¡Apártese y vaya preparando un glucosado intravenoso! –ordenó mientras procedía a suturar la herida.

La Supervisora acató la orden y comenzó a preparar el catéter y el equipo de infusión intravenosa.

- Aún no me ha dicho quien es usted.

- Soy Salustiano Ramírez, Médico Inspector del Consorcio de Compensación de Seguros. He venido a comprobar personalmente el estado de salud de la paciente Petra González Rodríguez para ir haciendo un estudio y prevalorización de la indemnización por el atropello del autobús.

- ¿Y por qué no se ha identificado usted antes? –insistió la Enfermera mientras colocaba la botella del glucosado en el soporte metálico del gotero.

- He estado en la estación de enfermería, pero no había nadie. Vengo de la Unidad de Psiquiatría. Allí me dijeron que a esta paciente la habían trasladado aquí provisionalmente con motivo de los arreglos que están haciendo en su habitación. Y ya ve usted, al llegar aquí me he encontrado con este cuadro.

La Enfermera intentó justificarse.

- Ya le había advertido yo a la Directora de Enfermería que no era buena idea trasladar aquí a ninguna paciente de Psiquiatría, por muy recuperadas que pareciesen encontrarse. Y, más aún, en el preciso momento en el que, por un lado, se les estaba reduciendo la medicación y, por otro, se les había modificado el tratamiento.

Dolores no daba crédito a lo que estaba oyendo.

- ¿Psiquiatría? ¿me han encerrado aquí con dos locas? ¿es que yo también estoy loca?

El Médico terminó de suturar la herida y la señora Petra regresaba en ese instante de su inconsciencia. Se mostraba muy agitada.

- ¡Qué dolor de cabeza! ¿y mis hijos? ¿dónde están mis hijos?

El Dr. Ramírez y la Enfermera cruzaron sus miradas.

- Prepare usted un sedante para ambas pacientes antes de que se nos vayan de las manos –ordenó el médico.

La Supervisora cargó una jeringuilla y se acercó a Dolores.

- ¡Tranquila! ¡todo irá bien!

- Pero... me podría usted explicar... no entiendo nada –decía Dolores permitiendo que le inyectase el sedante.

Petra aumentaba su nerviosismo.

- ¿Y mis hijos? ¿dónde están mis hijos?

La Enfermera cargó otro vial de sedante en otra jeringuilla y se lo inyectó a Petra. La Auxiliar de Enfermería, muy agitada, entró corriendo en la habitación para informar a la Supervisora.

- El cirujano de guardia está operando en el quirófano y el traumatólogo de urgencias no puede subir porque acaban de llegar



dos ambulancias con varios enfermos muy graves como consecuencia de un accidente de tráfico. A la señora María la han encontrado en el jardín trasero del hospital. Estaba deshojando margaritas. Han tenido que reducirla entre dos celadores porque no quería salir del jardín. Ya la traen para acá atada en una camilla... Y es la hora de la cena... ¿qué hago?

- ¡Ve repartiendo la cena! En cuanto pueda iré a ayudarte. Y dile a toda esa gente que está en el pasillo que vuelva a sus habitaciones, que ya se ha acabado la función.

La Auxiliar obedeció inmediatamente.

- ¡Bueno! –dijo el Dr. Ramírez-. Esto podía haber sido mucho peor. Confío en que usted sola pueda terminar de resolver esta situación. Tendré que solicitar a la Dirección del Hospital un exhaustivo informe y espero contar con usted para refrendarlo.

- Por supuesto que sí –asintió la Enfermera-. Le agradezco su colaboración y confío en que este incidente sirva para que no se repitan situaciones como ésta.

El Dr. Ramírez salió de la habitación, al tiempo que un Celador entraba con un documento en la mano.

- Vengo a por las pacientes de Psiquiatría. Ya han terminado los albañiles y los pintores en sus habitaciones.

- ¡A buenas horas! –exclamó la Supervisora.

- ¿Y mis hijos? ¿dónde están mis hijos? –balbuceaba Petra ya más relajada.

La Enfermera leyó el documento que traía el Celador. Luego dispuso el traslado.

- ¡Anda! ¡Llévate primero a la señora Petra y luego vuelves a por la señora María.

- ¿Y me van a dejar aquí sola? –protestó Dolores desarropándose e incorporándose torpemente en la cama.

La Supervisora intentó apaciguarla.

- ¡Tranquila! ¡no se preocupe! Yo me quedaré aquí un ratito con usted.

Cuando el Celador procedía a maniobrar con la cama de la señora Petra y estaba a punto de salir de la habitación, aparecía por la puerta la camilla en la que otro Celador transportaba a la señora María desde el jardín.

- ¿Adónde vas? ¿quieres quitarte del medio que voy a salir? –gritó el Celador que procedía a salir con la cama de la señora Petra.

- ¿Adónde voy a ir? Yo soy un mandado, igual que tú –replicó el otro Celador desde el pasillo.

- Dejen ya de discutir –intervino la Enfermera- y llévense directamente a estas dos pacientes a la Unidad de Psiquiatría. Allí ya las están esperando.

- ¡Venga! ¡Recula y ve delante! ¡Yo iré detrás de ti! –gritó el Celador que transportaba a la señora Petra.

- ¿Quieren desatarme de una maldita vez? ¡¡¡Les voy a demandar a todos ustedes... a todos...!!! –vociferaba la señora María atada a la camilla desde el pasillo.

- ¿Y mis hijos? ¿Dónde están mis hijos? –repetía una y otra vez la señora Petra.

Las voces de la señora María continuaron escuchándose hasta que se cerraron las puertas del ascensor. La Enfermera se acercó a la cama de Dolores.

- ¿Se encuentra usted ya un poco mejor?

- Sí... pero no entiendo nada.

- ¿Qué es exactamente lo que no entiende?

Dolores estaba completamente aturdida.

- Yo pensaba que ese señor de las barbas era el marido de la señora Petra, el que la maltrató.

La Supervisora se sentó en el borde de la cama y adoptó una actitud radicalmente opuesta a la actitud que había venido mostrando durante todo el día, infundiéndole a su voz un halo de dulzura.

- Comprendo que esté usted tan desconcertada. Permítame que le explique. El marido de la señora Petra, que bien es cierto que la maltrataba, y mucho, falleció el año pasado junto a sus dos hijos en un accidente de tráfico. Ese día, él había bebido más de la cuenta y, a pesar de que ella le rogó que no los montase en un coche nuevo que acababan de adquirir, tan sólo por el gusto de darles un paseo por la ciudad, él, finalmente, se los llevó, se saltó un semáforo en rojo y un autobús se los llevó por delante.

- ¡Pero eso no puede ser! –exclamó Dolores-. Ella nos ha contado a la señora María y a mí que ingresó hace un mes por las heridas que le había causado su marido tras propinarle una paliza. También nos dijo que después, hace apenas dos semanas, él vino a visitarla y la volvió a maltratar en este hospital. Le rompió la tibia, el peroné y la rodilla. ¿O es que no ha visto usted su pierna escayolada y todos los hematomas que tiene en su cuerpo? También nos contó que tiene interpuesta una demanda contra este hospital por negligencia de la Asistente Social, y que ha solicitado una orden de alejamiento para su marido, y que el abogado le ha dicho que va a conseguir para ella una gran indemnización por daños y perjuicios, y... ..

- ¡Pobre señora Petra! Después de aquel trágico accidente perdió el norte y estuvo ingresada en el Servicio de Psiquiatría algunas semanas. Cuando pensaron que ya estaba recuperada le dieron el alta médica, pero a los dos días intentó suicidarse lanzándose a la carretera en el momento en que pasaba un autobús. Gracias a que el conductor conducía muy despacio sólo sufrió un fuerte golpe en la cabeza y algunos rasguños. Después de varios meses hospitalizada se recuperó lo suficiente para darle nuevamente el alta. Sin embargo, hace un mes volvió a intentarlo con otro autobús.

**Dolores tenía los ojos desencajados.**

**- ¡Pero... eso no es posible!**

**- Sí Dolores, es así, tal y como se lo estoy contando. En ese segundo intento de suicidio también tuvo suerte porque el autobús tampoco iba muy deprisa. Ingresó con hematomas por todo el cuerpo y con esas fracturas en su pierna izquierda. Pero lo peor de todo es que también recibió otro fuerte golpe en la cabeza, y ese traumatismo craneoencefálico le ha ocasionado un desequilibrio mental y una amnesia parcial. Dejó de recordar a sus hijos. Tan sólo recuerda a su marido y sus brutales palizas. Recuerdos del pasado que ella vive como si aún sucedieran en la actualidad. Es como si su subconsciente intentase justificar su ingreso en este hospital acusando a su marido de todos sus males. Algo que, por otro lado, es completamente cierto.**

**- Pero a ahora mismo estaba preguntando por sus hijos. ¿No la ha escuchado? Entonces... ¿cómo dice usted que no se acuerda de ellos?**

**La Enfermera dudó antes de contestar.**

**- Quizás haya sido el golpe que ha recibido en la cabeza dentro del cuarto de aseo lo que le ha hecho recobrar su memoria.**

**- Pero... ¿y la denuncia en el Juzgado? ¿y la Asistenta Social? ¿y el Abogado de Oficio? ¿y lo de los periodistas? ...**

**- Todas esas historias han sido creadas por su subconsciente. Es una reacción típica de este tipo de pacientes. Buscan en la ilusión un refugio para sus desgracias.**

**- Entonces... ¿todo lo que nos ha contado la señora María también es mentira?**

**- La señora María es una psicópata de nacimiento. Ya ha estado ingresada en este hospital varias veces. Es una mujer que vive sola, sin familia conocida. Suele ser muy pacífica, pero a veces, nadie**

sabe muy bien por qué, se pone violenta y amenaza a todo aquél que no le sigue la corriente.

Dolores seguía sin dar crédito a todo lo que le contaba la Enfermera.

- Sin embargo, yo le he visto la cicatriz que tiene en el abdomen. Y esa cicatriz tiene toda la pinta de corresponderse con una operación de estómago, tal como ella nos contó.

- ¡Efectivamente, así es! Pero, concretamente corresponde a una intervención quirúrgica que se le tuvo que practicar porque, un día, estando ingresada, se tragó el rabo de una cuchara como un gesto de rebeldía.

- Pero... ¿y la gasa que le había quedado dentro el cirujano? ¿y el virus informático del ordenador del laboratorio?...

Estaba anocheciendo. La Enfermera Supervisora se levantó del borde de la cama y procedió a bajar a medias la persiana de la ventana. Luego encendió la luz de cabecera de la cama de Dolores.

- Como ya le he dicho, la señora María es una psicópata, es decir, una enferma mental que tiende a inventar historias para atraer el cariño de los demás y, así sentirse más segura en el ambiente en el que se encuentre.

Dolores comenzaba a segregarse de su ingenuidad. Se tumbó en la cama y colocó la almohada para recostar su cabeza. El timbre de su voz delató el engaño en el que había estado inmersa durante todo el día.

- O sea, que todo lo que me han dicho era mentira...

La Enfermera la cubrió cariñosamente con la sábana y la colcha.

- ¡Olvídese de todo lo que le han contado y procure descansar! Muy pronto le darán el alta y usted aún tiene toda una vida por delante.

- ¿Usted cree que yo también acabaré loca, como ellas?

- ¡Seguro que no! Lo suyo es como para no deseárselo a nadie, pero usted es joven y fuerte, y lo superará. Ya lo verá, muy pronto le darán el alta y la vida volverá a sonreírle.

Cuando la Enfermera estaba a punto de salir de la habitación, Dolores se incorporó de repente, como si un muelle del colchón se hubiese desprendido de su sitio y la hubiera propulsado violentamente hacia delante. Iba a quedarse sola y necesitaba aferrarse a algo que le ofreciese cierta seguridad. Su súplica fue tan densa como su necesidad de cariño.

- Si acaso me pusiera nerviosa y necesitase hablar con usted... ¿puedo llamarla con la pera?

La enfermera esbozó una amplia sonrisa.

- Pues claro que sí, Dolores. Tantas veces como lo necesite, no dude usted en pulsar la pera.

La Supervisora enfiló el pasillo en dirección a la estación de enfermería. Dolores, completamente sola en aquella habitación, recostó nuevamente su cabeza sobre la almohada. Con los ojos muy abiertos extendió sus brazos y, como si de su más preciado tesoro se tratase, miró hacia la pera del timbre y la agarró fuertemente con ambas manos. Luego, lentamente, el sedante hizo su efecto y se quedó dormida.

-----ooo0ooo-----

<b>La extinción de una extirpe</b>	<b>Año 1999</b>
<b>¡Au revoir, Mohamed !</b>	<b>Año 2001</b>
<b>El juego de las dificultades</b>	<b>Año 2002</b>
<b>La pera</b>	<b>Año 2008</b>



**Javier Feijóo**

# *Cuentos sin fin*

**EDICION DIGITAL**